

Las Hermanas Bunner

Por

Edith Wharton

Freeditorial 

PRIMERA PARTE

I

En los días en que el tráfico de Nueva York avanzaba al ritmo de los languidecientes coches de caballos, en que la buena sociedad aplaudía a Christine Nilsson en la Academia de Música y disfrutaba de los atardeceres de la Escuela del Río Hudson que colgaban en las paredes de la Academia Nacional de Diseño, había una discreta tienda de un solo escaparate conocida estrecha y favorablemente por la población femenina del vecindario que limitaba con la plaza Stuyvesant.

Se trataba de una tienda muy pequeña en un destartalado semisótano de una calle tranquila ya condenada a la decadencia; a tenor del carácter misceláneo de lo expuesto detrás del cristal y de la parquedad del cartel que lo coronaba (un mero «Hermanas Bunner» en borrosas letras de oro sobre un fondo negro), para un no iniciado habría sido difícil adivinar la naturaleza exacta del negocio que se desarrollaba en el interior. Aunque eso carecía prácticamente de importancia, puesto que su fama era tan puramente local que las clientas de cuya existencia dependía conocían de forma casi congénita y exacta cuál era el surtido de «artículos» de los que disponía el establecimiento de las hermanas Bunner.

La casa cuyo semisótano ocupaban las hermanas era un edificio de viviendas particulares con una fachada de ladrillo, contraventanas verdes de goznes sueltos y el cartel de una modista en la ventana inmediatamente superior a la tienda. A cada lado de sus humildes tres pisos se alzaban edificios más altos de fachadas de piedra marrón, agrietada y desconchada, balcones de hierro forjado y franjas de césped que asediaban los gatos detrás de unas verjas torcidas. Esas otras edificaciones también habían sido domicilios particulares, pero ahora una casa de comidas barata ocupaba el semisótano de una de ellas; y la otra se anunciaba, por encima de la tupida glicina que atenazaba el balcón central, como el hotel familiar Mendoza. Resultaba evidente, al ver la acumulación crónica de basura en la entrada y la superficie desvaída de las ventanas sin cortinas, que las familias que frecuentaban el hotel Mendoza no eran de gustos muy exigentes, aunque no cabe duda de que demostraban toda la puntillosidad que el dinero les permitía, mucha más de la que el dueño pensaba que tenían derecho a expresar.

Esos tres edificios representaban de forma bastante precisa el carácter general de la calle, que, a medida que avanzaba al este, se iba alejando de lo destartalado y se aproximaba a la miseria; en ella iban apareciendo con

frecuencia cada vez mayor unos letreros muy visibles y puertas de vaivén que se cerraban o se abrían silenciosamente al ser empujadas por hombres de nariz roja y por chiquillas pálidas con jarras agrietadas. El centro de la calzada estaba lleno de depresiones irregulares, muy adecuadas para contener los amplios remolinos de polvo, paja y papeles arrugados que el viento arrastraba por toda esa calle triste y descuidada; al final del día, si habían pasado muchos transeúntes, el pavimento agrietado componía un mosaico de octavillas de mil colores, tapas de latas de tomate, zapatos viejos, colillas y cáscaras de plátano, amalgamados en una capa de barro o cubiertas por un velo de polvo, según dictasen las condiciones climatológicas.

El único refugio que se vislumbraba al contemplar ese basural deprimente era la imagen del escaparate de las hermanas Bunner. Los cristales siempre estaban muy limpios y, pese a que el muestrario de flores artificiales, las tiras de franela festoneada, las hormas de alambre para sombreros y los tarros de conservas caseras presentaban la indefinible tonalidad gris de los objetos preservados durante mucho tiempo en la vitrina de un museo, por el escaparate se atisbaban, al fondo, unos mostradores ordenados y unas paredes encaladas que suponían un agradable contraste al lado de la suciedad adyacente.

Las hermanas Bunner estaban orgullosas de lo cuidada que estaba su tienda y se sentían satisfechas con su modesta prosperidad. El establecimiento no era tal y como lo habían imaginado, y, pese a que no constituía sino una imagen reducida de sus primeras ambiciones, les permitía pagar el alquiler, ganarse la vida y no contraer deudas: sus esperanzas no habían volado más alto desde hacía mucho tiempo.

Sin embargo, de vez en cuando, en medio de las horas más grises aparecía un instante carente de la luminosidad necesaria para ser denominado brillante, pero que sí presentaba ese matiz argénteo, propio del ocaso, con el que a veces concluye un día de tormenta. Ann Eliza, la mayor de la tienda, se hallaba precisamente disfrutando con serenidad de uno de esos momentos en una tarde de enero, sentada en la trastienda que ella y su hermana Evelina utilizaban como dormitorio, cocina y salón. En el comercio se habían bajado las persianas, los mostradores se habían despejado y los artículos del escaparate se habían cubierto con una sábana vieja y fina, pero la puerta no se cerraría hasta que regresara Evelina, que había llevado un paquete al tintorero.

En esa trastienda una tetera burbujeaba en el fogón; Ann Eliza había colocado un mantel en un extremo de la mesa que ocupaba el centro de la estancia, y cerca de la lámpara de costura con tulipa verde había dispuesto dos tazas, dos platillos, un cuenco de azúcar y una porción de bizcocho. El resto de la estancia se hallaba sumido en una penumbra verdosa, que velaba discretamente el contorno de una anticuada cama de caoba coronada por la cromolitografía de una muchacha en camisón que se agarraba, con ojos

elocuentemente vueltos hacia el cielo, a un peñasco que unas letras historiadas identificaban como la Roca de la Eternidad; delante de las ventanas sin persianas se recortaban las siluetas de dos mecedoras y de una máquina de coser.

Ann Eliza, cuyo rostro menudo y normalmente angustiado mostraba una serenidad infrecuente y cuyos mechones de cabello pálido sobre las sienes venosas brillaban con fuerza a la luz de la lámpara, se había sentado delante de la mesa y empaquetaba, con su acostumbrada y torpe parsimonia, un objeto abultado y envuelto en papel. De tanto en tanto, mientras luchaba con el cordel, que era demasiado corto, le parecía oír el ruido de la puerta de la tienda y se detenía para descubrir si había llegado su hermana; como no llegaba nadie, se colocaba bien las gafas y se enzarzaba en una nueva contienda con el paquete. Para conmemorar algún acontecimiento de importancia evidente se había puesto el vestido de seda negra, teñido dos veces y de costura triple. El paso del tiempo, pese a que había conferido a esa prenda una pátina digna de un bronce renacentista, también le había borrado las curvas que la figura prerrafaelita de la portadora le había podido dibujar en una época anterior; pero esas líneas rígidas brindaban a la prenda un aire sacerdotal que parecía recalcar la importancia de la ocasión.

Vista así, con ese sacramental vestido de seda negra, un volante de encaje en torno al cuello y sujeto con un broche de mosaico, y el rostro sereno para que no desentonase con el atuendo, Ann Eliza parecía diez años más joven que cuando se situaba detrás del mostrador, en medio del fragor y de las tareas de la jornada. Su edad aproximada habría resultado tan difícil de aventurar como la de la seda negra, pues mostraba un aspecto tan gastado y tan brillante como su vestido; no obstante, un leve matiz rosáceo aún asomaba a sus mejillas, como el reflejo de una puesta de sol que a veces colorea el occidente mucho después de que haya terminado el día.

Cuando quedó satisfecha con el envoltorio del paquete, lo colocó con precisión furtiva al lado del plato de su hermana y se sentó, con un gesto de indiferencia evidentemente fingida, en una de las mecedoras que había cerca de la ventana; al cabo de un instante se abrió la puerta de la tienda y entró Evelina.

La menor de las hermanas Bunner, algo más alta que la mayor, tenía una nariz más prominente, pero una boca y un mentón menos marcados. Todavía se permitía la frivolidad de ondularse el cabello pálido, y llevaba los apretados ricitos, tiesos como los cabellos de una estatua asiria, aplastados bajo un velo moteado que le terminaba en la punta de la nariz enrojecida por el frío. Con la fina chaqueta y la falda de cachemira negra que vestía presentaba un aspecto singularmente ajado y marchito, pero no parecía imposible que, en circunstancias más felices, aún pudiera irradiar una relativa juventud.

—Caramba, Ann Eliza —exclamó con una voz frágil y caracterizada por un tono de inquietud crónica—, ¿se puede saber por qué te has puesto tu mejor vestido de seda?

Esta se había puesto en pie con un rubor que no casaba bien con sus gafas de montura de acero.

—Oh, Evelina, ¿y por qué no me lo iba a poner, si se puede saber? ¿Acaso no es tu cumpleaños, querida? —Extendió los brazos con la torpeza de las emociones habitualmente reprimidas.

Evelina, que no parecía haber advertido el ademán, se descubrió la espalda estrecha.

—Qué más da —respondió, menos enfurruñada—. Deberíamos olvidarnos de los cumpleaños. Ya nos cuesta bastante celebrar la Navidad.

—No deberías decir eso. No nos va tan mal. Debes de estar cansada y tener frío. Siéntate mientras saco la tetera del fuego: ya hierve.

Obligó a Evelina a acercarse a la mesa y observó de reojo los movimientos exangües de su hermana mientras trasteaba con la tetera. Un instante después se produjo la exclamación que aguardaba.

—¡Caramba, Ann Eliza! —Evelina se había quedado embelesada al ver el paquete que había junto a su plato.

Ella, que estaba llenando trémulamente la tetera, levantó la mirada con un fingido gesto de sorpresa.

—¡Por Dios, Evelina! ¿Qué sucede?

La hermana menor había deshecho el nudo con rapidez y había sacado del envoltorio un redondo reloj de níquel de los que costaban un dólar con setenta y cinco centavos.

—Ay, Ann Eliza, ¿por qué lo has hecho? —Dejó el reloj; las hermanas intercambiaron unas miradas nerviosas desde los dos lados de la mesa.

—¿Acaso no es tu cumpleaños? —repuso la mayor.

—Sí, pero...

—¿Y acaso no has tenido que acercarte a la plaza todas las mañanas, hiciera el tiempo que hiciera, para ver qué hora era desde que el julio pasado tuvimos que vender el reloj de nuestra madre? ¿Acaso no ha sido así, Evelina?

—Sí, pero...

—No hay pero que valga. Siempre hemos querido un reloj, y ya lo tenemos: no hay que darle más vueltas. ¿No es precioso? —Dejó la tetera en el

fogón, se inclinó sobre el hombro de su hermana y pasó la mano con satisfacción por el borde circular del reloj—. ¡Qué fuerte suena el segundero! Tenía miedo de que lo oyeras al entrar.

—No, no me he fijado —murmuró Evelina.

—Bueno, ¿y no te alegras? —le preguntó con un leve tono de reproche. Esa reprimenda carecía de acritud, pues ella sabía que la aparente indiferencia de Evelina denotaba unos escrúpulos no expresados.

—Me alegro mucho, hermana, pero no deberías haberlo comprado. Nos podríamos haber pasado sin él.

—¡Evelina Bunner, tómate el té y no rechistes! ¡Ya soy mayor para saber lo que debo y lo que no debo hacer! ¡Vamos, digo yo!

—Eres muy buena, Ann Eliza, pero sé que has renunciado a algo que te hacía falta para regalarme el reloj.

—¿Y a mí qué me hace falta, vamos a ver? ¿No tengo un espléndido vestido de seda? —repuso ella con una risa que rebosaba placer y nerviosismo.

Le sirvió el té a su hermana; añadió leche condensada de una jarra y le cortó el trozo más grande de bizcocho; después acercó su silla a la mesa.

Las dos mujeres comieron en silencio durante unos instantes antes de que Evelina volviera a hablar:

—El reloj es una maravilla, y no digo que no nos resulte muy práctico tenerlo, pero me espanta pensar lo mucho que te debe de haber costado.

—Pues no —respondió Ann Eliza—. Ha sido una ganga, si quieres saberlo. Lo he pagado con el dinero de un encargo extraordinario que le cosí a máquina, la otra noche, a la señora Hawkins.

—¿La canastilla del bebé?

—Sí.

—¡Lo sabía! Me habías prometido que con ese dinero te ibas a comprar unos zapatos nuevos.

—Ya. Y si no los quiero, ¿qué? He remendado los viejos y han quedado como nuevos. ¡Por amor de Dios, Evelina Bunner, si sigues haciéndome preguntas me vas a quitar la ilusión!

—De acuerdo, me callo —repuso la hermana menor.

Continuaron comiendo sin decirse nada más. Evelina atendió al ruego de su hermana de que terminase el bizcocho y se sirvió una segunda taza de té, en la que disolvió el último terrón de azúcar; entre ellas, en la mesa, el reloj no

dejaba de emitir su simpático tictac.

—¿Dónde lo has comprado? —inquirió Evelina, fascinada.

—¿Dónde lo voy a haber comprado? Por aquí cerca, cruzando la plaza, en la tiendecita más extraña que he visto en la vida. Lo vi en el escaparate al pasar, entré inmediatamente y pregunté el precio; el encargado me atendió con mucha amabilidad. Un hombre simpatiquísimo. Creo que es alemán. Le dije que no podía pagar mucho y él respondió que también sabía lo que era pasar apuros. Se llama Ramy, Herman Ramy: lo vi en el letrero que había encima de la puerta. Me contó que antes trabajaba en Tiffany's, que estuvo años allí, en el departamento de relojes, pero que hace tres años enfermó, sufrió unas fiebres benignas y perdió el empleo; cuando se recuperó, ya habían buscado a otra persona y no lo readmitieron, y por eso abrió la tiendecita. Me ha parecido muy avisado, y hablaba como si hubiera estudiado, aunque tiene cara de enfermo.

Evelina escuchaba con suma atención. En las vidas reclusas de las dos hermanas un episodio tal revestía una gran importancia.

—¿Y cómo has dicho que se llamaba? —preguntó cuando Ann Eliza dejó de hablar.

—Herman Ramy.

—¿Cuántos años tiene?

—Pues tiene un aspecto tan desmejorado que no lo sé exactamente, pero no creo que haya rebasado en mucho la cuarentena.

Para entonces ya no quedaba nada en los platos, la tetera estaba vacía; las dos hermanas se levantaron de la mesa. Ann Eliza se puso un delantal encima del vestido de seda negro y recogió con cuidado los restos de la comida; después, tras lavar las tazas y los platos y guardarlos en un aparador, acercó la mecedora a la lámpara y se sentó para empezar a zurcir. Evelina, entretanto, había estado deambulando por la estancia para ver dónde colocaba el reloj. En la pared, al lado de la joven y devota dama en paños menores, había una estantería de palisandro con un calado ornamental, y, después de mucho sopesar las opciones, las hermanas decidieron destronar un jarrón de porcelana roto, que albergaba unos tallos secos y que llevaba mucho tiempo ocupando el estante superior, y situar allí el reloj; el jarrón, después de posteriores deliberaciones, fue relegado a una mesita cubierta por un tapete de encaje, de color azul y blanco, en la que se hallaban una Biblia, un devocionario y un ejemplar ilustrado de los poemas de Longfellow, que su padre les había regalado por sus méritos escolares. Una vez efectuado el cambio, y estudiado el efecto desde todos los ángulos de la estancia, Evelina colocó lánguidamente la máquina de calar en la mesa y comenzó la monótona tarea de perforar un

montón de volantes de seda negra. Las cintas de tela fueron cayendo lentamente al suelo, a sus pies, y el reloj, desde su altura insuperable, marcaba el tiempo al compás del chasquido desalentador del instrumento que ella manejaba.

II

La compra del reloj de Evelina había constituido un acontecimiento más importante en la vida de Ann Eliza Bunner de lo que la hermana menor podía suponer. En primer lugar, Ann Eliza se había encontrado con la tentadora satisfacción de verse poseedora de una cantidad de dinero que no estaba obligada a compartir, sino que podía gastar como quisiera, sin consultar a Evelina; también estaba la emoción de sus sigilosos paseos por la calle, emprendidos en las escasas ocasiones en que podía inventar una excusa para salir de la tienda, dado que, por lo general, era Evelina quien llevaba las cosas al tintorero y quien repartía las compras de aquellas clientas cuya posición social desaconsejaba que fueran vistas volviendo a casa con un sombrero o con un fardo de tela calada, de modo que, si no hubiera contado con la excusa de ir a ver al bebé de la señora Hawkins, al que le estaban saliendo los dientes, Ann Eliza no habría sabido qué motivo alegar para abandonar su lugar habitual detrás del mostrador.

Lo infrecuente de esos paseos los convertía en acontecimientos destacados en su vida. El simple acto de salir de la quietud monástica de la tienda y acceder a la algarabía de las calles la llenaba de una leve emoción que acababa adquiriendo demasiada intensidad para poder ser disfrutada al verse inmersa en el fragor arrollador de Broadway o de la Tercera Avenida, cuando empezaba a entablar una tímida batalla con aquellas corrientes incesantes y enfrentadas de seres humanos. Después de echar algún vistazo a los enormes escaparates se dejaba arrastrar otra vez al refugio de alguna calle adyacente, y finalmente regresaba a su casa en un estado de jadeante estupefacción y de fatiga; sin embargo, a medida que la tranquilidad familiar de la tiendecita y el chasquido de la máquina de calar de Evelina le iban tranquilizando los nervios, ciertos sonidos e imágenes se separaban del torrente que la había arrastrado, y dedicaba el resto del día a llevar a cabo una reconstrucción mental de los diferentes episodios del paseo hasta que este terminaba por adquirir la forma, en su cabeza, de una experiencia coherente y llena de colorido, de la cual, en las semanas sucesivas, ella sacaba algún recuerdo fragmentado durante el transcurso de las largas conversaciones con su hermana.

Pero en esa ocasión en que a la excitación inusitada de la salida se le añadió el interés más intenso de la búsqueda de un regalo para Evelina, la agitación de Ann Eliza, aguzada por el ocultamiento, le impidió descansar, y hasta que no hubo entregado el regalo, hasta que no hubo confesado las experiencias relacionadas con la adquisición, no pudo recordar con cierta tranquilidad ese emocionante momento de su vida. No obstante, a partir de ese día empezó a obtener cierto placer sosegado al pensar en el pequeño establecimiento del señor Ramy, no muy distinto del suyo en lo referente a la penumbra rústica, aunque la capa de polvo que cubría el mostrador y las estanterías hacía que la comparación solo resultase aceptable superficialmente. En cualquier caso, no se mostró muy severa con el estado de la tienda, puesto que el señor Ramy le había contado que estaba solo en el mundo, y los hombres solos, como ella sabía muy bien, no sabían limpiar el polvo. Ella se afanó en adivinar por qué no se había casado o si, por el contrario, era viudo y había perdido a todos sus hijitos, y no sabía cuál de las dos opciones lo convertía en una persona más interesante. En todo caso, no cabía duda de que su vida era muy triste; Ann Eliza pasó muchas horas cavilando sobre la manera en que él debía de pasar las tardes. Sabía que el señor Ramy vivía en la trastienda porque había atisbado, al entrar, una habitación cochambrosa con una cama revuelta, y el omnipresente olor del aceite frío indicaba que, seguramente, él mismo se preparaba la comida. Pensó que era posible que muchas veces se hiciera el té sin que el agua llegara a hervir y se preguntó, casi con envidia, quién le cuidaría la tienda cuando él salía al mercado. Se le ocurrió que seguramente compraba en el mismo mercado que Evelina, y quedó fascinada al caer en la cuenta de que era probable que él y su hermana se vieran continuamente sin ser en absoluto conscientes del vínculo que los unía. Siempre que alcanzaba aquel punto en sus reflexiones alzaba la vista y miraba furtivamente el reloj, cuyo sonoro y entrecortado tictac se estaba convirtiendo en una parte de lo más íntimo de su ser.

La semilla plantada por esas largas horas de meditación germinó al fin en el deseo secreto de ir una mañana al mercado en lugar de Evelina. Cuando ese propósito subió a la superficie de sus reflexiones, Ann Eliza se negó a considerarlo con gran aprensión. Un plan con tantos visos de doblez nunca se había formado en su alma cristalina. ¿Cómo era posible que estuviera considerando dar un paso así? Y, además (aunque ella no disponía de los suficientes conocimientos de lógica para advertir la degradación implícita en ese «además»), ¿qué excusa podía poner que no despertase la curiosidad de su hermana? A partir de esa segunda pregunta resultaba muy fácil descender otro peldaño y llegar a la tercera: ¿cuándo conseguiría ir?

Fue la propia Evelina quien le brindó el pretexto necesario al amanecer con dolor de garganta el día en que de ordinario salía al mercado. Era sábado; dado que siempre comían carne los domingos, la expedición no podía retrasarse;

pareció natural que Ann Eliza, mientras anudaba al cuello de su hermana una media vieja, anunciase su intención de acercarse a la carnicería.

—Ay, Ann Eliza, te van a engañar —protestó Evelina.

Ella rechazó esa acusación con una sonrisa y, al cabo de unos minutos, tras haber puesto orden en la habitación y recorrer la tienda con la mirada por última vez, se caló el sombrero con manos torpes y presurosas.

Era una mañana húmeda y fría; el cielo estaba lleno de nubes enfurruñadas que se negaban a dejar hueco al sol, pero que hasta entonces solo habían soltado algún que otro copo de nieve. Bajo la luz de esa hora temprana la calle ofrecía su aspecto más desfavorable y descuidado, pero a ella, a quien nunca preocupaba en exceso cualquier desaliño del que no fuera responsable, le pareció que mostraba un aspecto especialmente cordial.

Un paseo de pocos minutos la llevó hasta el mercado en el que Evelina compraba y en el que, de tener cierta sensatez topográfica, el señor Ramy también debía de conseguir sus provisiones.

Ann Eliza dejó atrás los barriles de patatas y los pescados flácidos de los primeros puestos y vio que en la carnicería solo estaba el carnicero, con el delantal ensangrentado, cortando chuletas al fondo.

Mientras ella se acercaba, pisando el mosaico de escamas de pescado, sangre y serrín, él dejó la cuchilla y le preguntó de forma bastante afectuosa:

—¿Se ha puesto enferma su hermana?

—Oh, no es nada, solo un resfriado —respondió ella con una sensación de culpabilidad, como si la enfermedad de Evelina hubiese sido fingida—. Queremos un solomillo, como siempre, y mi hermana me ha pedido que se cerciore usted de que sea tan bueno como si se lo comprase ella —añadió con un candor infantil.

—No se preocupe. —El carnicero blandió su arma con una sonrisa—. Yo también sé distinguir un buen filete —replicó.

Al cabo de un instante, pensó Ann Eliza, el solomillo estaría cortado y envuelto, y no le quedaría otro remedio que volver defraudada a casa. Era demasiado tímida para intentar que el carnicero se demorara dándole conversación, cosa que en otras circunstancias sabía hacer, pero la llegada de una anciana sorda con un sombrero y un manto anticuados le brindó la ocasión.

—Atiéndala a ella primero, por favor—le susurró—. No tengo ninguna prisa.

El carnicero se acercó a la nueva cliente, y Ann Eliza, con el corazón

desbocado al fondo de la tienda, vio que las dudas de la anciana, que se debatía entre el hígado y las chuletas de cerdo, podían prolongarse indefinidamente. Estas todavía no se habían resuelto cuando se vieron interrumpidas por la llegada de una vulgar muchacha irlandesa con una cesta colgada del brazo. La recién llegada causó una distracción momentánea, y, cuando se marchó, la anciana, que evidentemente aguantaba tan mal las interrupciones como un narrador profesional, se empeñó en volver al principio de su complicado pedido, sopesando de nuevo, con una inquieta apelación al discernimiento del carnicero, las respectivas ventajas del cerdo y del hígado. Pero ni esos titubeos, ni las disrupciones ocasionadas por dos o tres clientes, sirvieron de nada, puesto que el señor Ramy no se encontraba entre quienes entraron en la tienda; finalmente Ann Eliza, a quien la vergüenza impedía quedarse más tiempo, pidió el solomillo a regañadientes y volvió a casa atravesando una nevada cada vez más abundante.

Incluso para un pensamiento simple como el suyo la futilidad de sus esperanzas resultaba evidente, y bajo la luz clara que la decepción brinda a nuestros actos le maravilló haber sido tan necia para suponer que, por mucho que el señor Ramy acudiese a ese mercado en particular, iba a aparecer allí el mismo día y a la misma hora que ella.

A continuación transcurrió una semana anodina en la que no destacó ningún otro incidente. La media vieja curó la garganta de Evelina, y la señora Hawkins apareció un par de veces para hablar de los dientes de su hijo; recibieron algunos encargos para hacer calados y Evelina vendió un sombrero a una dama de mangas abullonadas. Esa dama de mangas abullonadas —que residía en «la plaza», lugar de cuyo nombre no se habían enterado, puesto que ella siempre se llevaba los paquetes en persona— constituía el personaje más distinguido e interesante de su entorno. Era más bien joven, elegante (tal y como daba a entender el título que le habían adjudicado), y exhibía una sonrisa dulce y triste en torno a la cual habían urdido muchas historias; pero ni siquiera la noticia de su regreso a la ciudad —aquella fue su primera aparición de aquel año— consiguió despertar el interés de Ann Eliza. Todos los pequeños acontecimientos cotidianos que hasta entonces habían bastado para llenar el tiempo le revelaban ahora su tediosa insignificancia, y, por primera vez en tantos años de trabajo pesado, se rebeló contra la monotonía de su vida. En Evelina, esos arrebatos de insatisfacción resultaban habituales y eran expresados sin ambages; Ann Eliza seguía disculpándolos al considerarlos uno de los atributos de la juventud. Además, la Divina Providencia no había dispuesto para Evelina una vida tan limitada y tan llena de anhelos; según se había esperado que fueran las cosas, Evelina tendría que haberse casado y haber sido madre, tendría que haberse puesto un vestido de seda los domingos y haber desempeñado un papel importante en la vida parroquial. Hasta el momento la fortuna se le había mostrado esquiva y, pese a sus aspiraciones

superiores y a su cabello primorosamente ondulado, había recibido tan pocas atenciones y tan pocos pretendientes como Ann Eliza. No obstante, la hermana mayor, que llevaba mucho tiempo resignada a su suerte, no se había resignado en el caso de Evelina. En cierta ocasión un agradable joven que impartía clases en la escuela dominical le había hecho unas cuantas visitas tímidas a la menor de las señoritas Bunner. Desde entonces habían transcurrido varios años; él no había tardado en desaparecer de sus vidas, Ann Eliza no había llegado a saber si también se había llevado las ilusiones de Evelina, pero las atenciones del joven habían envuelto a la hermana menor en un aura de exquisitas posibilidades.

Ann Eliza, en aquella época, nunca había soñado con permitirse el lujo de la autocompasión: le parecía un derecho personal de Evelina, tanto como el cabello elaboradamente ondulado. Pero ahora empezó a dirigir hacia sí misma una parte de la compasión con que antes había contemplado a Evelina. Al fin había admitido su derecho a reconocer ciertas oportunidades perdidas que había tenido; una vez establecido ese peligroso precedente, empezó a recordarlas con frecuencia.

Fue en ese período de transformación de Ann Eliza cuando Evelina, una tarde, al levantar la vista de la labor, exclamó de pronto:

—¡Vaya! ¡Se ha parado!

La hermana mayor, ocupada con una media de lana merina de color marrón, también alzó la mirada y la dirigió al mismo lugar que Evelina, al otro lado de la habitación. Era lunes, y siempre daban cuerda al reloj los domingos.

—¿Estás segura de que le diste cuerda ayer, Evelina?

—Segura, no: segurísima. Se ha debido de estropear. Voy a echar un vistazo.

Dejó el sombrero que estaba ribeteando y cogió el reloj de la estantería.

—¡Ah, lo sabía! ¡Todavía le queda muchísima cuerda! ¿Qué crees que le habrá pasado?

—Ni idea —respondió la mayor, limpiándose las gafas para después examinar atentamente la máquina.

Con cabezas gachas e impacientes las dos mujeres la zarandearon y le dieron la vuelta, como si quisieran resucitar a un ser vivo, pero el reloj no reaccionó al manoseo, y Evelina acabó dejándolo con un suspiro.

—¡Es como si hubiera muerto! ¿Verdad, Ann Eliza? ¡Qué silenciosa se ha quedado la habitación!

—¡Desde luego!

—Voy a devolverlo a su sitio —prosiguió Evelina, con el tono de una persona que cumple con los últimos ritos de un finado—. Y supongo —añadió— que mañana tendrás que pasar por la tienda del señor Ramy a ver si puede arreglarlo.

Ann Eliza se sonrojó profundamente:

—Sí... No quedará otro remedio —farfulló mientras se agachaba para coger un carrete de algodón que había caído al suelo. Una repentina palpitación estiró las costuras de su lisa pechera de alpaca y se le despertó un latido en ambas sienes.

Esa noche, mucho después de que Evelina se hubiera dormido, Ann Eliza todavía permanecía despierta en ese silencio extraño, más nítidamente consciente de la cercanía del reloj inútil que cuando este marcaba los minutos sin interrupción. A la mañana siguiente se despertó en medio de un sueño inquietante, en el cual había llevado el reloj al establecimiento del señor Ramy, para descubrir que tanto él como la tienda habían desaparecido; a lo largo del día, mientras realizaba sus quehaceres, el recuerdo de ese sueño la estuvo oprimiendo.

Convinieron en que llevaría el aparato para que fuese arreglado en cuanto comieran; sin embargo, cuando aún seguían a la mesa, una niña miope con un delantal negro atravesado por innumerables alfileres irrumpió en la sala y exclamó:

—¡Ay, señorita Bunner, tenga la bondad! A la señorita Mellins le ha vuelto a dar un ataque.

La señorita Mellins era la modista del piso superior, y la niña miope, una de sus jóvenes aprendizas. Ann Eliza se levantó de un respingo:

—Voy enseguida. ¡Rápido, Evelina, el cordial!

Aquel era el eufemismo con el que las hermanas se referían a una botella de licor de cerezas, la última de la docena que habían heredado de su abuela y que guardaban bajo llave en el armario para emergencias como esa. Un instante después, con el cordial en la mano, Ann Eliza subía a toda prisa al piso de arriba siguiendo a la niña miope.

El «ataque» de la señorita Mellins fue lo bastante grave para entretener a Ann Eliza durante casi dos horas, y ya anochecía cuando recogió la consumida botella de cordial y bajó de nuevo a su establecimiento. Este se hallaba vacío, como de costumbre, y Evelina se encontraba delante de la máquina de calar, en la trastienda. Ann Eliza seguía inquieta por los esfuerzos invertidos en la recuperación de la modista; pese a la preocupación, se sorprendió nada más entrar al oír el sonoro tictac del reloj, que seguía en el estante en el que ella lo

había dejado.

—¡Pero si funciona! —exclamó con un grito ahogado antes de que Evelina pudiera preguntarle por la señorita Mellins—. ¿Se ha puesto en marcha él solo?

—Oh, no, pero no saber la hora me resultaba insoportable, me he acostumbrado completamente a él; justo después de que subieras ha aparecido la señora Hawkins, así que le he pedido que se ocupara de la tienda durante un minuto, me he abrigado con rapidez y me he acercado donde el señor Ramy. Resulta que al reloj no le pasaba nada, solo tenía una mota de polvo en el mecanismo; él me lo ha arreglado en un instante y he vuelto enseguida. ¿No es una maravilla volver a escucharlo? ¡Pero cuéntame cómo está la señorita Mellins, a qué esperas!

Durante un momento Ann Eliza se quedó sin palabras. Hasta que supo que había perdido su oportunidad no se percató de cuántas esperanzas había depositado en ella. Pero ni siquiera entonces comprendió por qué había deseado volver a ver al relojero con tanta intensidad.

«Me figuro que es porque nunca me ha sucedido nada», pensó con una punzada de envidia por esa fortuna que brindaba a Evelina todas las oportunidades que se cruzaban en el camino de ambas. «El profesor de la escuela dominical también fue para ella», se dijo; pero había alcanzado una gran perfección en el arte de la renuncia, y, tras un silencio apenas perceptible, empezó a ofrecer una descripción detallada del «ataque» de la modista.

Evelina, cuando se le despertaba la curiosidad, se convertía en una interrogadora insaciable: al llegar la hora de la cena aún no había terminado la última de sus preguntas sobre la señorita Mellins; sin embargo, cuando las dos hermanas se sentaron a cenar, Ann Eliza encontró al fin la ocasión de preguntar:

—¿Así que solo le ha encontrado una mota de polvo?

Evelina comprendió al instante que el comentario no estaba relacionado con la señorita Mellins:

—Sí, o al menos eso cree —respondió con tono despreocupado mientras se servía la primera taza de té.

—¡Quién lo habría dicho! —observó Ann Eliza.

—Pero tampoco está seguro —prosiguió Evelina, acercando distraída la tetera a su hermana—. Es posible que se haya estropeado el... No me acuerdo de cómo se llama. En cualquier caso, me ha prometido que vendrá a echarle un vistazo pasado mañana, después de la cena.

—¿Quién? —inquirió Ann Eliza, conteniendo el aliento.

—Pues el señor Ramy, quién va a ser. Me parece un hombre simpatiquísimo. Y no creo que llegue a los cuarenta años, aunque es verdad que tiene cara de enfermo. Debe de estar muy solo, sin nadie que lo acompañe en esa tienda. Me lo ha dado a entender, y la verdad es que... —Evelina calló y añadió, como conteniéndose—: He tenido la sensación de que se ha ofrecido a venir a ver el reloj para tener una excusa. Me lo ha propuesto justo cuando yo ya salía de la tienda. ¿A ti qué te parece?

—Ah, no sé qué decir. —Como no quería delatarse, la hermana mayor no fue capaz de dar una respuesta más efusiva.

—Bueno, no es que me las quiera dar de lista —continuó Evelina mientras se pasaba la mano por el cabello con cierta timidez—, pero creo que el señor Herman Ramy no lamentaría pasar alguna velada aquí, en vez de quedarse solo en ese cuchitril que tiene.

Esa timidez molestó a Ann Eliza.

—Seguro que ya tiene muchos amigos —repuso, casi con dureza.

—De eso nada. No tiene casi ninguno.

—¿Eso también te lo ha contado? —Hasta ella misma notó el leve desdén de la pregunta.

—Sí —confirmó Evelina, bajando la mirada con una sonrisa—. Parecía arder en deseos de hablar con alguien; con alguien agradable, me refiero. Creo que ese hombre no es feliz, Ann Eliza.

—Yo pienso lo mismo —confesó la hermana mayor.

—Y tiene pinta de ser una persona culta. Cuando entré estaba leyendo el periódico. ¡Qué triste que haya terminado en esa tienducha después de haber pasado años en Tiffany's y de haber sido uno de los encargados del departamento de relojes!

—¿Eso te ha comentado?

—Pues sí. Creo que me habría contado todo lo que le ha pasado en la vida si hubiera podido quedarme a escucharlo. Te digo que está más solo que la una, Ann Eliza.

—Lo sé —respondió esta.

III

Dos días después Ann Eliza advirtió que Evelina, antes de sentarse a cenar,

se había prendido un lazo de color carmesí en la pechera; cuando terminaron de comer, la hermana menor, que casi nunca se ocupaba de recoger la mesa, empezó a ayudar a Ann Eliza a llevarse los platos con una premura nerviosa.

—No me gusta ver los platos desperdigados por ahí —refunfuñó—. ¿No es un engorro tener que hacerlo todo en la misma habitación?

—Ay, Evelina, a mí siempre me ha parecido que disfrutamos de muchas comodidades —protestó Ann Eliza.

—Sí, disponemos de algunas, pero supongo que no hago ningún daño si digo que ojalá tuviéramos un salón, ¿verdad? En todo caso, a lo mejor podríamos apañárnoslas para comprar un biombo con el que ocultar la cama.

Ann Eliza se sonrojó. Había algo levemente vergonzoso en la sugerencia de Evelina:

—Yo siempre pienso que, si pedimos más, lo que ya tenemos puede desaparecer —adujo.

—Pues quien se lo llevara tampoco sacaría gran cosa —replicó Evelina con una carcajada mientras limpiaba las migas del mantel.

Unos momentos después, en la trastienda ya reinaba el acostumbrado orden perfecto y las dos hermanas se habían sentado cerca de la lámpara. Ann Eliza había cogido las labores de costura y Evelina se disponía a confeccionar flores artificiales. Normalmente dejaban esas tareas más delicadas para la prolongada holganza de los meses estivales, pero esa noche Evelina había sacado la caja que pasaba todo el invierno debajo de la cama y había diseminado toda una brillante colección de pétalos de muselina, de estambres amarillos y corolas verdes, y una bandeja de pequeños instrumentos que recordaban curiosamente al arte dental. Ann Eliza no comentó ese desacostumbrado proceder; quizá adivinaba la razón de que esa noche su hermana hubiera elegido una tarea elegante.

Entonces ambas levantaron la vista a causa de unos golpes en la puerta de la calle, pero fue Evelina quien se puso primero en pie y quien dijo enseguida:

—No te levantes. Voy a ver quién es.

Ann Eliza se alegró de no levantarse: el pañal que estaba cosiendo le temblaba en las manos.

—Hermana, ha venido el señor Ramy a mirar el reloj —anunció Evelina un instante después con el acento afectado que adoptaba delante de desconocidos, y un hombre más bien bajo de rostro pálido, barba, y con el cuello del abrigo subido entró envarado en la estancia.

Ann Eliza soltó la costura y se levantó:

—Pase, señor Ramy, faltaría más. Ha sido usted muy amable al venir.

—No se preocupe, señorra. —La tendencia a ilustrar la ley de Grimm al pronunciar las consonantes delataba la nacionalidad del relojero, aunque resultaba evidente que este ya estaba acostumbrado a hablar inglés, o al menos la particular versión local con que las hermanas Bunner estaban familiarizadas—. Quiero que el cliente se quede satisfecho con todos los relojes que vendo —añadió.

—Si nosotras estábamos satisfechas... —objetó Ann Eliza.

—Pero yo no, señorra —aseguró el señor Ramy, recorriendo lentamente la habitación con la mirada—, y no me quedarré tranquilo hasta que vea que el reloj funciona bien.

—¿Quiere dejarme el abrigo, señor Ramy? —intervino Evelina. Nunca podía confiar en que Ann Eliza recordase esas ceremonias inaugurales.

—Gracias —respondió él.

Ella le cogió el abrigo deshilachado y el sombrero raído y los colocó en una silla con el ademán que, según imaginaba, la dama de mangas abullonadas emplearía en una ocasión semejante. El sentido de la cortesía de Ann Eliza despertó, y esta pensó que el siguiente gesto de hospitalidad debía ser suyo:

—¿Querría usted tomar asiento? —propuso—. Mi hermana le traerá el reloj, aunque estoy segura de que ya está arreglado. Ha ido como la seda desde que usted lo reparó.

—Me alegro —respondió él.

Sus labios esbozaron una sonrisa que dejó al descubierto una dentadura amarillenta a la que le faltaba un par de piezas; sin embargo, a pesar de esa revelación, Ann Eliza juzgó muy agradable esa sonrisa: había en ella algo nostálgico y conciliador que casaba con el dramatismo de sus mejillas hundidas y de sus ojos saltones. Cuando él cogió la lámpara, la luz le iluminó la frente prominente y la cabeza grande, levemente cubierta por una capa de cabello cano. Tenía las manos pálidas y anchas, con articulaciones nudosas y yemas cuadradas y mugrientas, pero sus ademanes eran tan delicados como los de una mujer.

—Pues bien, señorras, el reloj no presenta ningún problema —proclamó.

—Le estamos de lo más agradecidas —dijo Evelina mirando a su hermana.

—Oh —farfulló Ann Eliza, reaccionando involuntariamente a ese aviso. Cogió una llave del manajo que llevaba a la cintura, junto a las tijeras de costura, la metió en la cerradura del armario y sacó el licor de cerezas y tres copas anticuadas en las que se veían unas vides talladas—. La noche es muy

fría —comentó—, y quizá quiera usted echarle un traguito a este cordial. Nuestra abuela lo fabricó hace mucho tiempo.

—Tiene buen aspecto —observó el señor Ramy mientras se inclinaba en una reverencia.

Ann Eliza llenó las copas. En la suya y en la de Evelina solo sirvió unas gotas, pero la del invitado la llenó hasta el borde.

—Mi hermana y yo casi nunca bebemos aguardiente —adujo.

Con otra reverencia, dirigida a ambas anfitrionas, el señor Ramy apuró el licor, y aseguró que era excelente.

Entretanto Evelina, en una demostración de laboriosidad con la intención de que el invitado se sintiera a gusto, había cogido sus instrumentos y daba forma a un pétalo de rosa.

—Veo que se dedica usted a hacerr florres arrtificiales —observó el señor Ramy con interés—. Es una tarea muy hermosa. En Alemania era amigo de una dama que hacía florres.

Acercó una yema cuadrada al pétalo y lo tocó. Evelina se ruborizó levemente:

—Se marchó usted hace mucho tiempo de Alemania, imaginó.

—Desde luego, hace muchísimo. Cuando llegué a los Estados Unidos, solo tenía diecinueve años.

Tras eso, la conversación prosiguió de modo intermitente hasta que el señor Ramy, contemplando la estancia con la mirada miope propia de su pueblo, declaró con un gesto de interés:

—Tienen ustedes una casa muy agrradable; esto resulta muy acogedor. —El deje de nostalgia de la voz le resultó extrañamente conmovedor a Ann Eliza.

—Oh, vivimos sin grandes lujos —replicó Evelina, fingiendo una magnificencia que impresionó hondamente a su hermana—. Nuestros gustos son muy sencillos.

—Pero no por eso deja de resultar acogedor este lugar —insistió el señor Ramy. Sus ojos saltones parecían recoger los detalles de la escena con una afectuosa envidia—. Ojalá mi tienda se le pareciera, aunque supongo que ningún sitio presenta un aspecto hogareño si uno siempre está solo en él.

La conversación siguió desarrollándose unos minutos con ese ritmo desganado, y al fin el señor Ramy, que evidentemente se había estado armando de valor para llevar a cabo el difícil acto de la despedida, se marchó de un

modo tan abrupto que habría sorprendido a cualquier persona acostumbrada a matices más sutiles en las relaciones humanas. Pero ni Ann Eliza ni su hermana vieron nada llamativo en esa brusca retirada. La interminable agonía de los prolegómenos de la despedida y el subsiguiente franqueamiento mudo de la puerta eran tan habituales en su círculo que habrían sufrido el mismo azoramiento que el señor Ramy si este hubiera intentado despedirse con mayor locuacidad.

Después de que se marchara, las hermanas se quedaron calladas durante un rato; finalmente, Evelina dejó la flor inacabada y anunció:

—Voy a cerrar la puerta.

IV

A las hermanas Bunner les empezó a resultar insoportablemente monótona la rutina invariable de la tienda, anodinas y largas sus tardes junto a la lámpara, inútiles sus conversaciones habituales al compás cansado de las máquinas de coser y de calar.

Fue quizá con la intención de rebajar la tensión de ese estado de ánimo por lo que Evelina, al domingo siguiente, propuso que invitaran a cenar a la señorita Mellins. Las Bunner no gozaban de una posición que les permitiera ofrecer siquiera la hospitalidad más modesta, pero dos o tres veces al año cenaban con una amiga, y la señorita Mellins, aún revestida de la importancia de su «ataque», parecía la huésped más interesante a la que podían convidar.

Cuando las tres mujeres se sentaron a la mesa, engalanada por la insólita adición de un bizcocho de mantequilla y de encurtidos dulces, la presencia morena y vivaz de la modista destacó entre las hermanas, cuya piel ofrecía un tono neutro. La señorita Mellins era una mujer menuda de rostro reluciente y amarillo y con un cabello rizadísimo repleto de horquillas de falso carey. Sus mangas seguían los dictados de la moda, y media docena de pulseras de metal entrechocaba en sus muñecas. Su voz resonaba igual que esas pulseras mientras contaba un torrente de anécdotas, profería un sinfín de exclamaciones y sus ojos negros y redondos saltaban con velocidad acrobática de un rostro a otro. La señorita Mellins siempre vivía o estaba al corriente de aventuras asombrosas. Había pillado a un ladrón en su habitación a medianoche (aunque el modo en que este había entrado, lo que le había robado y cómo había escapado eran cuestiones que no quedaron claras para las oyentes); unas cartas anónimas la habían avisado de que su tendero (un pretendiente rechazado) le estaba envenenando el té; una de sus clientas era seguida por detectives, y otra

(una dama muy acaudalada) había sido detenida en unos grandes almacenes por cleptómana; había asistido a una sesión de espiritismo en la que un anciano caballero había muerto a raíz de un ataque sufrido tras ver la materialización de su suegra; había escapado de dos incendios en camisón, y en el funeral de su primo hermano los caballos que tiraban del coche fúnebre se habían escapado, habían destrozado el ataúd y habían arrojado a su pariente a una alcantarilla delante de la acongojada familia.

Un observador escéptico podría haber atribuido esa tendencia de la señorita Mellins a la aventura al hecho de que obtenía casi todo el estímulo intelectual de la *Police Gazette* y del *Fireside Weekly*, pero ella se tiraba aquellos faroles en un entorno en el que no corría ningún peligro de escuchar esas insinuaciones, en el que se le había concedido desde hacía mucho tiempo el derecho a desempeñar el papel de protagonista en aquellos dramas espeluznantes.

—Sí —aseguraba ahora, mirando con insistencia a Ann Eliza—, parece increíble, señorita Bunner, y, si me lo dicen, no me lo creo, pero más de un año antes de mi nacimiento mi madre consultó a una adivina gitana que ofrecía sus servicios en una carpa en el Battery, al lado de la señora de cabellos verdes, aunque mi abuelo la avisó de que no lo hiciera... ¿Se figuran qué le anunció? Pues resulta que le dijo, palabra por palabra, lo siguiente: «Su siguiente vástago será una niña de rizos negrísimos, y tendrá espasmos».

—¡Cielo santo! —exclamó Ann Eliza mientras un escalofrío de compasión le recorría la espalda.

—¿Y le han entrado a usted alguna vez esos espasmos, señorita Mellins? —inquirió Evelina.

—Desde luego —declaró la modista—. ¿Y dónde creen que me entraron? Pues ni más ni menos que en la boda de mi prima Emma McIntyre, la que se casó con el boticario de Jersey City, aunque su madre se le apareció en un sueño y le anunció que lamentaría su acción; pero Emma dijo que los vivos ya le habían dado más consejos de los necesarios, y que si además empezaba a hacer caso a los espectros ya nunca sabría lo que debía hacer y lo que no, aunque he de decir que el marido se dio a la bebida y que ella no volvió a ser la misma después del primer hijo... Pero, bueno, celebraron una boda elegante en una iglesia, y ¿a que no se imaginan lo que vi al avanzar por el pasillo con el cortejo nupcial?

—¿El qué? —susurró Ann Eliza, a quien se le había olvidado enhebrar la aguja.

—¡Un ataúd en el último escalón del presbiterio, imagínense! Los padres de Emma son episcopalianos y ella estaba empeñada en casarse por la iglesia,

aunque la madre de él montó un alboroto tremendo por esa cuestión. Y allí vi, justo delante de donde estaba el pastor que iba a officiar la ceremonia, un ataúd cubierto por un paño de terciopelo negro con el borde de oro y una corona circular de camelias blancas por encima.

—¡Madre mía! —exclamó Evelina, sobresaltada— ¡Han llamado a la puerta!

—¿Quién será? —se preguntó una temblorosa Ann Eliza, todavía bajo el hechizo de la alucinación de la señorita Mellins.

Evelina se puso en pie y encendió una vela para atravesar la tienda. Las otras dos oyeron cómo giraba la llave de la puerta de la calle, y una ráfaga de aire nocturno recorrió el ambiente cerrado de la trastienda; después les llegó el sonido de unas animadas exclamaciones, y Evelina regresó acompañada del señor Ramy.

El corazón de Ann Eliza latió como una embarcación en un mar embravecido, y los ojos de la modista, muy abiertos por la curiosidad, saltaron excitados de una cara a otra.

—Solo he venido otra vez —declaró el señor Ramy, evidentemente algo perplejo por la presencia de la señorita Mellins— para ver cómo marcha el reloj —aseveró con esa sonrisa que le hundía las mejillas.

—Oh, funciona de maravilla —lo tranquilizó Ann Eliza—, pero nos alegramos una barbaridad de verlo. Señorita Mellins, le presento al señor Ramy.

La modista echó la cabeza hacia atrás y bajó la mirada para reconocer con condescendencia la presencia del desconocido, y él respondió mediante una torpe reverencia. Tras el primer momento de incomodidad, una renovada sensación de satisfacción se adueñó de las tres mujeres. Las hermanas no lamentaban que la señorita Mellins presenciara que a veces recibían alguna visita vespertina, y a esta la entusiasmó claramente la oportunidad de narrar su última historia a un nuevo oyente. En lo que respectaba al señor Ramy, se adaptó a la situación con mayor facilidad de la que cabía esperar, y Evelina, a quien le había disgustado que él entrara allí mientras los restos de la cena aún andaban por la mesa, se sonrojó de placer cuando él se brindó de forma muy campechana a ayudarla a «recogerr los platos».

Una vez recogida la mesa, Ann Eliza propuso que jugaran a las cartas, y ya habían dado las once cuando el señor Ramy se dispuso a marcharse. Su despedida fue mucho menos brusca que la de la visita anterior, de modo que Evelina pudo cumplir con las deseadas normas de cortesía y lo acompañó, vela en mano, a la puerta de la calle; en cuanto los dos desaparecieron en la tienda, la señorita Mellins se volvió hacia Ann Eliza con un gesto travieso.

—Vaya, vaya, señorita Bunner —dijo en voz baja mientras señalaba con la barbilla a las dos figuras que se marchaban—. No tenía ni idea de que su hermana tuviera un pretendiente. ¡Menuda sorpresa!

Ann Eliza, saliendo de un estado de soñadora beatitud, dirigió su mirada tímida a la modista:

—Oh, se equivoca, señorita Mellins. Apenas conocemos al señor Ramy.

La invitada sonrió con incredulidad:

—Ya lo verá usted, señorita Bunner. Creo que por aquí tendremos boda antes de primavera, y me ofenderé enormemente si no me encargan el vestido. Siempre he imaginado a su hermana con un vestido de satén con mucho vuelo y dibujos bordados.

Ann Eliza no respondió. Se había puesto muy pálida; dirigió a Evelina una mirada larga e inquisitiva cuando esta volvió a entrar. Sus mejillas estaban arreboladas y sus ojos azules brillaban, pero a Ann Eliza le pareció que la coqueta inclinación de su cabeza le resaltaba, lamentablemente, un punto flaco: la barbilla hundida. Fue la primera vez que advertía un fallo en la belleza de su hermana, y esa crítica involuntaria la sorprendió como si constituyera una traición secreta.

Esa noche, después de que apagarán la luz, una arrodillada Ann Eliza demoró las oraciones durante más tiempo del habitual. En el silencio de la habitación en tinieblas sacrificó ciertos sueños y aspiraciones cuyo breve florecimiento había conferido una fugaz frescura a su vida. Le pareció asombroso haber llegado a imaginar que las visitas del señor Ramy se debían a otra causa distinta que la apuntada por la señorita Mellins. ¿Acaso no había mostrado él esa repentina solicitud por el buen funcionamiento del reloj tras ver a Evelina? ¿Y qué encantos sino los de esta le podían haber inducido a repetir la visita? El dolor acercó su llama a la frágil tela de las ilusiones de Ann Eliza, quien, con el ánimo firme, vio cómo quedaban reducidas a cenizas; entonces se puso de pie, rebotante de la alegría fría de la renuncia, dio un beso a los bigudíes de la dormida Evelina y se metió bajo la colcha, a su lado.

V

En los meses que siguieron, el señor Ramy visitó a las hermanas con una frecuencia cada vez mayor. Convirtió en costumbre ir a verlas los domingos por la tarde; a veces, durante la semana, encontraba una excusa para presentarse sin ser esperado cuando ellas se disponían a trabajar junto a la lámpara. Ann Eliza advirtió que ahora Evelina nunca olvidaba ponerse el lazo

de color carmesí antes de la cena, y también que había acondicionado con un pulquérrimo trozo de encaje el vestido de seda negra que todavía denominaban nuevo porque lo habían comprado un año después que el de Ann Eliza.

El señor Ramy, al ir cogiendo confianza, fue volviéndose más parco en palabras, y después de que las sonrojadas hermanas le concedieran el privilegio de fumar en pipa empezó a incurrir en largos intervalos de silencio meditativo que para las anfitrionas no resultaban completamente desprovistos de encanto. Había algo fortificante y pacífico en la sensación que transmitía esa tranquila presencia masculina en un ambiente que, durante mucho tiempo, había conocido los temblores de las pequeñas dudas y angustias femeninas; las hermanas se acostumbraron a decirse, en los momentos de incertidumbre: «Eso se lo preguntaremos al señor Ramy cuando venga», y a aceptar su veredicto, fuera cual fuera, con una prontitud fatalista que las eximía de toda responsabilidad.

Cuando el señor Ramy se quitaba la pipa de la boca y le apetecía hacer confidencias, ellas experimentaban una compasión que casi les resultaba dolorosa. Con una participación apasionada escucharon la historia de sus primeras tribulaciones en Alemania y de la larga enfermedad que había ocasionado sus últimas desgracias. El nombre de la señora Hochmüller (la viuda de un viejo amigo), que lo había cuidado mientras padecía unas fiebres, fue recibido con suspiros reverenciales e inspiraba una punzada interior de envidia siempre que volvía a aparecer en esos monólogos biográficos; en una ocasión en que estaban solas, Evelina provocó un sonrojo en el semblante de Ann Eliza cuando dijo de pronto, sin mencionar el nombre:

—Me pregunto cómo será esa mujer...

Un día, al aproximarse la primavera, el señor Ramy, que ya se había convertido en una parte de sus vidas, como el cartero o el lechero, propuso a las damas que lo acompañaran a una exposición de imágenes estereoscópicas que se iba a celebrar al día siguiente, por la tarde, en el Chikering Hall.

Después de la primera y entrecortada exclamación de placer se produjo un silencio entre las dos hermanas para consultarse mutuamente, que al fin Ann Eliza rompió diciendo:

—Ve tú con el señor Ramy, Evelina. Creo que será mejor que no dejemos la tienda sola por la noche.

Evelina, con las protestas que la cortesía demandaba, secundó esa opinión, y pasó todo el día siguiente adornando un sombrero de paja con nomeolvides que ella misma había confeccionado. Ann Eliza sacó el broche de mosaico, un mantón de cachemira de la madre salió de su envoltorio de lino encerado, y, así engalanada, una sonrojada Evelina se marchó con el señor Ramy mientras

la hermana mayor se sentaba delante de la máquina de calar.

A esta le pareció que había pasado sola varias horas: le sorprendió descubrir, cuando oyó los golpes de Evelina en la puerta, que el reloj solo marcaba las diez y media.

—Ha debido de volver a estropearse —aventuró, al tiempo que se ponía en pie para abrir a su hermana.

La velada había resultado brillante e interesante, y varias magnificas imágenes estereoscópicas de Berlín habían brindado al señor Ramy la oportunidad de detallar en mayor profundidad las maravillas de su ciudad de origen.

—¡Me ha dicho que le gustaría mucho enseñármela! —declaró Evelina mientras Ann Eliza le estudiaba el rostro resplandeciente—. ¡Menuda bobada! Yo no sabía dónde mirar.

Ann Eliza recibió esa confesión con un afectuoso murmullo.

—El sombrero me queda muy bien, ¿verdad? —prosiguió Evelina, cambiando de tema y sonriendo a su reflejo en el espejo roto que había encima del aparador.

—Estás muy guapa —confirmó Ann Eliza.

La primavera empezó a mostrar sus primeras e inequívocas señales a los recelosos neoyorquinos mediante una nueva virulencia en el viento y la omnipresencia del polvo. Un día, Evelina llegó a la trastienda a la hora de la cena con un ramo de junquillos en la mano.

—Acabo de cometer esta tontería —dijo en respuesta a la mirada interrogativa de Ann Eliza—; no he podido resistirme a comprarlo. Necesitaba imperiosamente contemplar algo bonito.

—Ay, hermana —respondió Ann Eliza con una simpatía temblorosa. Sentía que había que conceder una indulgencia especial a las personas sumidas en el estado de Evelina, dado que ella misma había tenido una visión fugaz de los anhelos misteriosos que esas palabras delataban.

Evelina, entretanto, había sacado los brotes secos del jarrón de porcelana roto y estaba colocando en él los junquillos, acariciando los tallos lisos y las hojas, que parecían briznas de hierba.

—Son bonitas, ¿verdad? —repetía sin cesar mientras formaba un círculo de estrellas con las flores—. ¿A que da la sensación de que la primavera ha llegado de veras?

Ann Eliza recordó que aquella era la tarde del señor Ramy.

Cuando este apareció, esa mirada teutona que se fija en todo lo que florece le hizo detenerse enseguida en los junquillos.

—¡Ah, qué bonitos! —observó—. Da la sensación de que la primavera ha llegado de veras.

—¿Verdad que sí? —exclamó Evelina, emocionada por la coincidencia de sus ideas—. Precisamente le estaba diciendo lo mismo a mi hermana.

Ann Eliza se levantó bruscamente y se alejó; recordó que no había dado cuerda al reloj el día anterior. Evelina estaba sentada delante de la mesa; los junquillos se alzaban esbeltos entre ella y el invitado.

—Oh —declaró con la mirada perdida—, cuánto me gustaría ir al campo ahora mismo, a algún lugar verde y tranquilo. Me parece que no soporto la ciudad ni un día más.

Pero Ann Eliza advirtió que estaba observando al señor Ramy, no las flores.

—Podemos ir a Central Park algún domingo —propuso el visitante—. ¿Visita usted ese parque, señorita Evelina?

—No, no solemos ir; al menos, hace mucho tiempo que no acudimos. —La idea la animó—. Sería espléndido, ¿verdad, Ann Eliza?

—Desde luego —confirmó la hermana mayor mientras volvía a su silla.

—¿Por qué no vamos el domingo que viene? —prosiguió el señor Ramy—. Podemos invitar a la señorita Mellins; será una ocasión muy grata.

Esa noche, después de desvestirse, Evelina cogió un junquillo del jarrón y lo metió con ciertas alharacas entre las hojas de su devocionario. A Ann Eliza, que la estudiaba a escondidas, le pareció que no le importaba ser observada y que, para Evelina, la importancia de la acción aumentaba al ser percibida con toda nitidez por la hermana mayor.

El domingo siguiente amaneció azul y cálido. Las hermanas Bunner asistían a la iglesia con regularidad, pero dejaron los devocionarios en la estantería por una vez, y a las diez ya estaban, con los guantes y los sombreros puestos, esperando a que la señorita Mellins llamara a la puerta. Esta apareció envuelta en un destello de lentejuelas negras, contando que había visto a un hombre extraño pululando debajo de su ventana hasta que el silbato de un confederado lo ahuyentó al alba; poco después llegó el señor Ramy, con el cabello cepillado con mayor cuidado del habitual y las manos anchas enfundadas en unos guantes de cabritilla de color verde aceituna.

El grupito se dirigió al ómnibus más cercano; Ann Eliza notó en el pecho un aleteo compuesto a partes iguales de agradecimiento y de vergüenza

cuando se enteraron de que él tenía la intención de pagar los billetes. Y después el señor Ramy mantuvo esa inicial munificencia, pues, tras llevarlas por el Mall y por el Ramble, las condujo a un rústico restaurante donde, también gracias a su generosidad, tomaron un vaso de leche con un bizcocho de limón de ensueño.

Después reanudaron el paseo y deambularon de un sendero a otro con la lentitud de los domingueros ocasionales, a través de arbustos florecientes, junto a extensiones de césped moteadas de azafranes de primavera y debajo de rocas en las que la forsitia se desplegaba con un rayo de luz repentino. A Ann Eliza todo cuanto la rodeaba le pareció nuevo y milagrosamente hermoso, pero no dio voz a esos sentimientos y dejó que Evelina se maravillase ante las hepáticas que crecían a la sombra de las cornisas y que la señorita Mellins, más interesada en el mundo humano que en el floral, comentase con gran elocuencia la probable historia de las personas con las que se cruzaban. Todos los senderos estaban atestados de paseantes y obstruidos por caminantes, y las apostillas incesantes de la señorita Mellins conferían un brillo de posibilidades escabrosas a los plácidos grupos de familias y a sus retozones vástagos.

Ann Eliza no estaba de humor para esas interpretaciones de la vida, pero, sabiendo como sabía que la señorita Mellins solo había sido invitada para acompañarla a ella, no se separó de la modista y dejó que el señor Ramy encabezara la marcha junto a Evelina. La costurera, estimulada por las emociones de aquella situación, se fue volviendo cada vez más locuaz, y su constante parloteo, sumado al remolino caleidoscópico de la muchedumbre, produjo un enorme aturdimiento a Ann Eliza. Los pies, acostumbrados a la comodidad de estar en zapatillas en la tienda, le dolían por el esfuerzo desacostumbrado de la caminata, y los oídos, por el barullo de las anécdotas de la modista, pero todos sus nervios percibían el placer de Evelina, y estaba decidida a que ningún cansancio suyo lo abortase. Pero ese heroísmo se redujo al ver las miradas maliciosas que la señorita Mellins empezó a dirigir a la pareja que tenían delante: era capaz de contribuir a la dicha de su hermana, pero no de reconocerla ante otras personas.

Los pies de Evelina también acabaron cansándose, y se volvió para proponer que volvieran a casa. Su rostro arrebolado había palidecido por la fatiga, pero sus ojos seguían radiantes.

El regreso pervivió en el recuerdo de Ann Eliza con la persistencia de un mal sueño. La algarabía de los que retornaban llenaba a rebosar los ómnibus, y tuvieron que dejar pasar una docena antes de entrar a empellones en uno que ya estaba repleto. Ann Eliza nunca se había sentido tan agotada. Hasta el torrente de anécdotas de la señorita Mellins se secó: se quedaron sentadas y en silencio, apretujadas entre una mujer negra y un hombre con el rostro picado por la viruela y la cabeza vendada, mientras el coche traqueteaba lentamente

por una avenida miserable hasta llegar a su esquina. Evelina y el señor Ramy se sentaron en la parte delantera; Ann Eliza solo pudo atisbar de vez en cuando el sombrero con los nomeolvides y el reluciente cuello del abrigo del relojero. Cuando los cuatro se apearon en su esquina la muchedumbre volvió a rodearlos, y caminaron los últimos pasos hasta el semisótano de las hermanas Bunner sumidos en el silencio espontáneo de unos niños cansados. Cuando la señorita Mellins y el señor Ramy se dispusieron a marcharse a sus respectivos domicilios, Evelina consiguió esbozar unas últimas sonrisas, pero Ann Eliza franqueó el umbral en silencio y notó que la quietud de la tiendecita le extendía unos brazos consoladores.

Esa noche no pudo dormir; mientras yacía fría y envarada al lado de su hermana, de pronto percibió la presión de los brazos de Evelina y que esta susurraba: «Ay, Ann Eliza, ¿verdad que ha sido una delicia?».

VI

Durante los cuatro días posteriores a aquel domingo en el parque las hermanas Bunner no recibieron noticias del señor Ramy. Al principio ninguna de las dos confesó su decepción ni su angustia, pero a la quinta mañana Evelina, siempre la primera en obedecer a los sentimientos, dijo mientras se apartaba de los labios una taza de té que no había probado:

—Creo que ya deberías sacar ese dinero, Ann Eliza.

Esta comprendió y se sonrojó. Para ellas el invierno había sido bastante próspero, y sus ahorros lentamente reunidos habían alcanzado la nada desdeñable cifra de doscientos dólares. Sin embargo, la satisfacción que esa insólita opulencia les podría haber inspirado se había visto ensombrecida por la insinuación de la señorita Mellins de que corrían ominosos rumores sobre la caja de ahorros en la que habían ingresado esa cantidad. Sabían que la señorita Mellins era dada a las falsas alarmas, pero sus palabras, a fuerza de ser repetidas, habían perturbado tanto la tranquilidad de Ann Eliza que, tras largas horas de debates a medianoche, decidieron pedir consejo al señor Ramy; la responsabilidad recayó en Ann Eliza, como cabeza de familia que era. El señor Ramy, al ser consultado, no solo confirmó las informaciones de la modista, sino que también se ofreció a encontrarles alguna inversión segura que les brindase un tipo de interés más alto que el de la caja de ahorros bajo sospecha; Ann Eliza supo que Evelina se refería a esa transferencia sugerida.

—Sí, desde luego —repuso—. El señor Ramy aseguró que, de estar en nuestro lugar, no dejaría su dinero allí ni un minuto más de lo necesario.

—Pues lo dijo hace ya una semana —le recordó Evelina.

—Lo sé, pero me pidió que esperara hasta que él recabase una información más cabal sobre la otra inversión, y no lo hemos visto desde entonces.

Esas palabras desataron el miedo secreto de ambas.

—No sé qué le habrá pasado —comentó Evelina—. ¿Crees que se habrá puesto enfermo?

—Yo también me lo preguntaba —dijo Ann Eliza.

Las dos bajaron la vista.

—Creo que deberías ocuparte del dinero más pronto que tarde —repitió Evelina.

—Sí, lo sé. ¿Qué harías en mi lugar?

—Si estuviera en tu lugar —repuso la hermana menor, con un tono muy vehemente y arrebolándose—, iría de inmediato a ver si el señor Ramy está enfermo. Tú sí puedes.

Esas palabras la atravesaron como si fueran una espada.

—Sí, tienes razón —concedió.

—En el caso de que esté enfermo parecería solo una muestra de amistad. Si yo estuviera en tu lugar, iría hoy mismo —insistió Evelina.

Después de cenar, Ann Eliza emprendió la marcha. De camino tuvo que dejar un fardo donde el tintorero; tras haber cumplido con ese recado encaminó sus pasos a la tienda del señor Ramy. Nunca se había sentido tan vieja, tan desprovista de esperanza ni tan humillada. Sabía que estaba llevando a cabo una gestión amorosa para Evelina, y esa conciencia pareció secarle la última gota de sangre joven que corría por sus venas. También le arrebató esa desgastada timidez virginal, y, con un ademán enérgico, giró el pomo de la puerta del relojero.

Sin embargo, al entrar, el corazón le empezó a palpitar, pues vio al señor Ramy, con el rostro hundido entre las manos, sentado detrás del mostrador con una extraña actitud de abatimiento. Al oír el chasquido del pestillo, él levantó la vista lentamente y clavó en Ann Eliza una mirada sin brillo. Durante un instante ella pensó que no la reconocía.

—¡Oh, está usted enfermo! —exclamó.

Ante el sonido de su voz él pareció recobrar la compostura perdida.

—Caramba, la señorita Bunner —dijo en voz baja y poco inteligible; pero no hizo ademán de moverse, y ella advirtió que su rostro presentaba un color

ceniciento y amarillo.

—Está usted enfermo, no cabe duda—insistió ella, envalentonada por su evidente necesidad de ayuda—. Señor Ramy, ha sido usted muy desconsiderado al no avisarnos.

Él siguió contemplándola con una mirada inexpresiva:

—No he estado enfermo —aseguró—. Al menos, no mucho: solo he tenido uno de los ataques de siempre. —Hablaba de modo lento y trabajoso, como si le costara articular las palabras.

—¿Es reumatismo? —aventuró ella al ver lo mucho que le costaba moverse.

—Pues... algo parecido, quizá. No sé cómo denominarlo.

—Ah, si se parece al reumatismo, mi abuela preparaba una infusión... —empezó a decir Ann Eliza; se le había olvidado, en el calor del momento, que solo había ido a transmitir el mensaje de Evelina.

Ante la mención de la tisana, una expresión de repugnancia incontrolable se adueñó del rostro del señor Ramy:

—Oh, no se moleste. Hoy solo me duele la cabeza.

La valentía de Ann Eliza se vio mermada por el tono de rechazo en la voz de él.

—Lo lamento —dijo afectuosamente—. Mi hermana y yo habríamos estado más que dispuestas a hacer todo lo que pudiéramos por usted.

—Se lo agradezco mucho —repuso él cansinamente; cuando ella se daba la vuelta para marcharse, añadió con esfuerzo—: Es posible que mañana me pase a verlas.

—Nos gustaría mucho —aseveró Ann Eliza, que miraba fijamente un polvoriento reloj de bronce juntó a la ventana. En ese momento no era consciente de estar mirándolo, pero poco después recordó que representaba a un terranova con una pata sobre un libro abierto.

Al regresar vio en la tienda a una clienta, que manoseaba corchetes bajo la distraída supervisión de Evelina. Pasó a la trastienda sin detenerse, pero al cabo de un instante oyó que su hermana se le acercaba.

—¡Deprisa! Le he dicho que iba a buscar corchetes más pequeños... ¿Cómo se encuentra? —le preguntó entrecortadamente.

—Ha estado algo pachucho —respondió Ann Eliza lentamente, sin apartar la mirada del gesto de entrega de Evelina—, pero dice que mañana por la noche vendrá seguro.

—¿Vendrá? ¿No me estás mintiendo?

—¿Cómo te voy a mentir, Evelina Bunner?

—¡Ah, si a mí me da igual! —exclamó la joven impetuosamente, y volvió a la tienda a toda prisa.

Ann Eliza quedó sumida en un estado febril por la vergüenza que le producía que su hermana hubiera quedado en evidencia. Le sorprendió que Evelina hubiera mostrado sin ambages la intensidad de sus emociones, aunque fuese delante de ella, e intentó pensar en otra cosa, como si ese recuerdo le hiciera partícipe de la degradación de la joven.

El señor Ramy reapareció a la tarde siguiente, aún algo cetrino y con los labios rojos, pero por lo demás como siempre. Ann Eliza le preguntó por la inversión que había recomendado, y, después de que decidieran que él se encargaría del asunto, el invitado cogió el volumen ilustrado de Longfellow — puesto que, según habían descubierto las hermanas, sus intereses culturales no se limitaban a los periódicos— y leyó en voz alta, confundiendo las consonantes de forma repetida, el poema titulado La doncellez. Evelina bajó la mirada mientras él leía. Fue una velada muy hermosa, y Ann Eliza pensó después que su vida podría haber sido muy distinta junto a un hombre que leyera poesía, como el señor Ramy.

VII

Durante las semanas posteriores el señor Ramy, pese a que sus visitas se hicieron tan frecuentes como antes, no recobró el mismo ánimo de siempre. Se quejaba con frecuencia de que le dolía la cabeza, pero rechazaba los remedios que Ann Eliza le brindaba titubeante y evitaba toda investigación minuciosa de sus síntomas. Había llegado el mes de julio con una repentina llamarada de calor, y una noche en que los tres estaban sentados junto a la ventana abierta de la trastienda Evelina dijo:

—No sé qué daría, en una noche como esta, por respirar un poco de aire puro del campo.

—Yo también —declaró él mientras limpiaba la ceniza de la pipa—. Ahorra mismo me gustaría muchísimo estar en un cenador.

—Sería maravilloso, ¿verdad?

—A mí me parece que aquí estamos fresquísimos —adujo Ann Eliza—. Pasaríamos un calorazo mucho mayor si estuviéramos en el piso de la señorita Mellins.

—Desde luego, pero estaríamos más frescos en otro sitio —replicó su hermana: no era infrecuente que la exasperaran los intentos furtivos de Ann Eliza de conformarse con lo dictado por la providencia.

Unos días más tarde el señor Ramy se presentó con una propuesta que complació enormemente a Evelina. El día anterior había visitado a una amiga suya, la señora Hochmüller, que vivía a las afueras de Hoboken, y esta amiga le había sugerido que, el domingo siguiente, llevara también a las hermanas Bunner para que pasaran allí el día.

—Tiene un jarrdín de verrdad —explicó—, con árboles y toda una pérrgola para sentarse; también hay gallos y gallinas. El paseo hasta allí, en transbordador, es muy elegante.

Esa propuesta no obtuvo ninguna respuesta por parte de Ann Eliza, a quien aún oprimía el recuerdo de aquel domingo interminable en el parque; sin embargo, obedeciendo a una mirada imperiosa de Evelina, finalmente accedió de forma desgana.

Ese domingo hizo mucho calor; ya en el transbordador, Ann Eliza revivió al apreciar la brisa salina y el espectáculo que brindaban las atestadas aguas; sin embargo, cuando alcanzaron la otra orilla y pisaron el sucio embarcadero, empezó a notar un cansancio adelantado y doloroso. Subieron a un ómnibus y fueron traqueteando de una calle miserable a otra, hasta que el señor Ramy tiró al conductor de la manga y bajaron; se quedaron bajo un sol abrasador, cerca de la puerta de una cervecería atestada, esperando la llegada de otro ómnibus, que los llevó a un barrio poco poblado pasando junto a solares vacíos y estrechas casas de madera que se alzaban en una soledad sin apoyos, hasta que al final llegaron a una zona casi rural de casitas desperdigadas y de edificios bajos de madera que parecían tiendas de pueblo. Allí fue donde el vehículo se detuvo al fin, sin que lo pidieran; se internaron en un camino lleno de baches y pasaron junto al patio de un picapedrero en el que había una valla alta tapizada de anuncios de funciones teatrales; llegaron a una pequeña casa roja con contraventanas verdes y una empalizada en torno al jardín. El señor Ramy no las había engañado en absoluto. Varios macizos de corazoncillos y de lirios de día florecían detrás de la empalizada, y un olmo torcido se inclinaba románticamente encima del gablete del edificio.

La señora Hochmüller, una mujer corpulenta con un vestido de lana merina de color marrón ladrillo, los recibió en la puerta sonriendo y saludando con la cabeza, mientras su hija Linda, una muchacha de cabello rubísimo, de pecosas mejillas encarnadas y que no miraba de frente, se colocaba inquisitiva detrás de ella. La señora los llevó al interior y condujo a las hermanas Bunner al dormitorio. En él las invitó a dejar en una montañosa y blanca cama de plumas los mantos de cachemira bajo los cuales la solemnidad de la ocasión las había

impulsado a cocerse, y, después de que dieran a sus vestidos de seda negra los tirones necesarios para recolocarlos y de que Evelina se ahuecara el cabello delante de un espejo decorado con conchas de color rosa, la anfitriona las hizo pasar a un salón poco aireado que olía a galletas de jengibre. Tras otra pausa ceremoniosa, interrumpida por corteses preguntas y tímidas exclamaciones, accedieron a la cocina, donde la mesa ya estaba preparada: en ella se veían bizcochos especiados de aspecto extraño y compota de frutas, y allí acabaron sentándose las hermanas entre la señora Hochmüller y el señor Ramy, mientras Linda, que no dejaba de mirarlas, iba y volvía de los fogones sosteniendo unos platos humeantes con poca maña.

A Ann Eliza la comida le pareció interminable, y las sustanciosas viandas, curiosamente, poco tentadoras. Se sintió cohibida por la espontánea intimidad de la voz y la mirada de la anfitriona. Con el señor Ramy, la señora Hochmüller se mostraba casi descaradamente familiar; Ann Eliza no pudo perdonar que lo llamara «Ramy», sin más aditamentos, hasta que imaginó el cuerpo generoso de ella agachado al lado de la cama donde él había estado enfermo. En una de las pausas de la comida la anfitriona apoyó el cuchillo y el tenedor en el borde del plato y, con la vista clavada en el relojero, dijo en tono acusador:

—Has vuelto a tener uno de tus ataques, Ramy.

—No, que yo sepa —replicó él, evasivo.

Evelina miró alternativamente a uno y a otra:

—Es cierto que el señor Ramy ha estado enfermo —declaró al fin, como si quisiera demostrar que ella también se hallaba en una posición desde la que podía hablar con autoridad—. Se queja de frecuentes dolores de cabeza.

—¡Ja! A este ya me lo conozco yo —repuso la señora Hochmüller con una carcajada, sin apartar la vista de él—. ¿No te da vergüenza, Ramy?

Él, que contemplaba su plato, soltó de pronto una palabra que las hermanas no entendieron; a Ann Eliza le pareció que decía algo semejante a «svain».

La señora Hochmüller soltó otra carcajada:

—Vaya, vaya —continuó—, ¡menuda vergüenza! ¡Haberrse puesto enfermo sin decírmelo, después de que yo lo cuidarra cuando le entraron esas fiebres terribles!

—Es verdad, qué vergüenza —proclamó Evelina, lanzando una intensa mirada a Ramy; pero este se hallaba contemplando las salchichas que Linda acababa de dejar en la mesa.

Cuando la comida concluyó, la señora Hochmüller instó a sus invitadas a que franquearan la puerta de la cocina; pasaron a un recinto verde, a medias

jardín y a medias huerto. Unas gallinas grises seguidas por unos polluelos dorados cloqueaban bajo las torcidas ramas de los manzanos, un gato dormitaba en la boca de un viejo pozo, y de un árbol a otro se extendía una trama de cuerdas para tender la ropa que delataba el oficio de la anfitriona. Detrás de los manzanos se alzaba un cenador amarillo adornado con listones de color carmesí, y detrás de este, al otro lado de una tosca valla, el terreno describía una pendiente y en la vaguada crecían algunos árboles. Todo resultaba extrañamente placentero y tranquilo en esa calurosa tarde de domingo, y, mientras pisaba la hierba de debajo de las ramas de los manzanos, Ann Eliza se acordó de otras tardes tranquilas en la iglesia, de los himnos que su madre le había cantado cuando era muy pequeña.

Evelina se mostraba más inquieta. Deambulaba del pozo al cenador y de nuevo al pozo; echaba migas a los polluelos y molestaba al gato con caricias traviesas; al cabo de un rato expresó su deseo de ir al bosque.

—Entonces lo mejor será que coja usted el camino —le aconsejó la señora Hochmüller—. Mi Linda entra por un agujero de la cerca, pero supongo que usted se rasgaría el vestido si lo intentase.

—Yo la ayudaré —se ofreció el señor Ramy.

Guiada por Linda, la pareja caminó junto a la empalizada hasta llegar a una estrecha abertura entre los tablones. Por ella desaparecieron, observados con curiosidad mientras bajaban por una risueña Linda; la señora Hochmüller y Ann Eliza se habían quedado solas en el cenador.

La señora miró a la invitada con una sonrisa de complicidad:

—Supongo que tardarán un rato en volver —observó, señalando la abertura de la empalizada con la papada—. Las personas en su situación pierden la noción del tiempo. —Una vez dicho eso, sacó la labor de punto.

A Ann Eliza no se le ocurrió qué responder.

—Su hermana lo tiene en muy alta estima, ¿verdad? —prosiguió la anfitriona.

Ann Eliza sintió que las mejillas le ardían:

—¿Aquí nunca se siente usted un poco sola? —inquirió—. Me sorprende que no tenga miedo por la noche, con su hija por toda compañía.

—Oh, no, en absoluto —repuso la señora Hochmüller—. Yo soy lavandera, ¿sabe usted? Ese es mi oficio, y resulta mucho más barrato desempeñarlo aquí que en la ciudad: ¿dónde iba a conseguir un secadero como este en Hoboken? Además, aquí Linda corre menos peligros; así no anda por las calles.

—Ah —dijo una apocada Ann Eliza.

Esa señora empezó a inspirarle una auténtica aversión; apartó la vista con una irritación involuntaria y se fijó en la figura de Linda, de espalda cuadrada, que seguía inquisitivamente encaramada a la cerca. Tuvo la sensación de que Evelina y su acompañante no regresarían jamás del bosque, pero al fin volvieron, el señor Ramy con la frente perlada de sudor, Evelina sonrosada y tímida, con un lacio ramo de helechos en la mano; y resultaba evidente que, al menos para ella, esos momentos habían pasado volando.

—¿Creéis que revivirán? —preguntó, sosteniendo los helechos.

Pero Ann Eliza, que se había puesto en pie al verla llegar, repuso con sequedad:

—Creo que nos deberíamos ir marchando, Evelina.

—¡Por amor de Dios! ¿No van a tomar el café antes? —protestó la señora Hochmüller.

Ann Eliza descubrió con gran consternación que debía desarrollarse otra larga ceremonia gastronómica antes de que la cortesía les permitiera marcharse. Al cabo de un rato, sin embargo, volvían a encontrarse en el transbordador. El agua y el cielo estaban grises, con la franja divisoria del ocaso formando unas brillantes olas opalinas en la estela de la embarcación. El viento transmitía un frío hálito alquitranado, como si hubiera viajado una larga distancia a bordo de un barco, y el silbido del viento en torno a las palas resultaba tan delicioso que parecía refrescarles los rostros cansados.

Ann Eliza se sentó a cierta distancia, apartada de los demás. Había concluido que el señor Ramy le había propuesto matrimonio a Evelina en el bosque, y se preparaba en silencio para recibir la confesión de su hermana esa noche.

Pero Evelina no dio muestras de querer hacer confidencias. Cuando llegaron a casa puso en agua los helechos mustios, y después de la cena, cuando ya se había quitado el vestido de seda negra y el sombrero con los nomeolvides, se quedó sentada en la mecedora, en silencio, cerca de la ventana abierta. Ann Eliza llevaba mucho tiempo sin verla con una actitud tan retraída.

El sábado siguiente la hermana mayor se hallaba sola en la tienda cuando la puerta se abrió y entró el señor Ramy. Este nunca había aparecido a esa hora; ella se preguntó algo angustiada cuál sería el motivo de la visita.

—¿Ha sucedido algo? —inquirió, apartando la cesta de botones que estaba ordenando.

—Que yo sepa, no —respondió él con mucha calma—. Pero, en esta

época, los sábados siempre cierro la tienda a las dos, y se me ha ocurrido hacerles una visita.

—Ah, es todo un placer, desde luego —dijo ella—, pero Evelina ha salido.

—Lo sé —repuso él—. Me he cruzado con ella en la esquina. Me ha dicho que tenía que ir a ese tintorrero nuevo de la calle Cuarenta y Ocho. Seguramente tardará un par de horas, ¿verdad?

Ann Eliza lo contempló con perplejidad creciente.

—Seguramente —confirmó; su hospitalidad instintiva la impulsó a añadir—: Pero siéntese, en cualquier caso.

Él tomó asiento en el taburete que se hallaba al lado del mostrador, y ella volvió a colocarse detrás.

—No puedo dejar la tienda sola —explicó.

—Aquí también estamos muy bien.

Ann Eliza advirtió repentinamente que el señor Ramy la miraba con una intensidad inusual. Sin darse cuenta, se pasó la mano por los finos mechones de cabello de las sienes, y de ahí la bajó para colocarse el broche del pecho.

—Hoy tiene usted un aspecto espléndido, señorita Bunner —la piropó el señor Ramy, que seguía sus ademanes con una sonrisa.

—Oh —repuso ella con nerviosismo—. Mi salud siempre es buena —añadió.

—Supongo que goza usted de mejor salud que su herrmana, aunque sea más menuda.

—No, no creo. Evelina a veces se muestra un poco nerviosa, pero no es nada enfermiza.

—Come con más apetito que usted, pero eso no quiere decir nada —apuntó él.

Ella se quedó callada. No sabía qué rumiaba el otro, y no quería revelar más asuntos relativos a Evelina hasta descubrir si el señor Ramy consideraba que el nerviosismo era un atributo interesante, o todo lo contrario.

Pero él le ahorró mayores incertidumbres:

—Veamos, señorita Bunner... —comenzó a decir, acercando el taburete al mostrador—. Creoo que deberría decirle al fin para qué he venido hoy. Quiero casarme.

Ann Eliza, durante muchos rezos a medianoche, había intentado armarse de valor para cuando escuchara esa declaración, pero ahora que esta se

producía se sintió lamentablemente asustada y poco preparada. El señor Ramy se apoyó con ambos codos en el mostrador; ella advirtió que tenía las uñas limpias y que se había cepillado el sombrero: ¡ni siquiera esas señales le habían puesto sobre aviso!

Al fin se escuchó decir, con una garganta seca en la que le palpitaba el corazón:

—¡Válgame el cielo, señor Ramy!

—Quiero casarme —repitió él—. Estoy muy solo. No es bueno que un hombre viva tan solo, que coma fiambre todos los días.

—No —confirmó quedamente Ann Eliza.

—Y tanto polvo ya me resulta excesivo.

—Sí, el polvo... ¡Es verdad!

El señor Ramy la señaló con uno de sus dedos de yemas cuadradas:

—Le ruego que me acepte.

Ella seguía sin comprender. Se levantó titubeante y apartó la cesta de botones que se interponía entre ellos; entonces se dio cuenta de que él intentaba cogerle la mano; cuando los dedos de ambos se tocaron, notó que un torrente de alegría se apoderaba de ella. Con posterioridad, aunque las demás palabras de ese encuentro se le habían quedado tan grabadas en la memoria que le resultaría imposible olvidarlas, sería incapaz de recordar lo que él le había dicho mientras sus manos se tocaban; solo supo que le parecía estar flotando en un mar estival, y que todas las olas rompían en sus oídos.

—¿Yo? ¿Yo? —preguntó jadeante.

—Eso parece —repuso plácidamente su pretendiente—. Usted me viene como anillo al dedo, señorita Bunner. Esa es la verdad.

Una mujer que pasaba por la calle se detuvo para contemplar el escaparate; Ann Eliza deseó a medias que entrase, pero, tras una desganada inspección, pasó de largo.

—¿Acaso no le gusto? —inquirió él, desconcertado por el silencio.

Ella estuvo a punto de pronunciar una palabra de confirmación, pero sus labios se resistieron. Debía hallar otro modo de decírselo.

—No, no es eso.

—Es que yo siempre he pensado que estábamos hechos el uno para el otro —prosiguió el señor Ramy, una vez resuelta esa duda momentánea—. Siempre me han atraído las mujeres calladas, las que no montan jaleo ni se

dan aires, a las que no les da miedo el trabajo. —Habló como si catalogara fríamente sus encantos.

Ella sintió que debía zanjar la cuestión:

—Pero, señor Ramy, no me entiende. Yo nunca he tenido intención de casarme.

Él la miró atónito:

—¿Por qué no?

—Pues no lo sé... —Se humedeció los labios temblorosos—. Lo cierto es que no soy tan activa como parezco. Es posible que no aguante las responsabilidades. No soy tan vivaracha como Evelina, ni tan joven —añadió, con un último y gran esfuerzo.

—Pero si usted se ocupa de casi todo el trabajo de la tienda... —adujo el pretendiente, incrédulo.

—Oh, porque Evelina está atareada haciendo cosas en la calle; y donde viven dos mujeres el trabajo no es mucho. Además, yo soy la mayor, tengo que supervisar todo —añadió a toda prisa, algo apenada porque su sencillo ardid lo engañase con tanta facilidad.

—Yo creo que usted es lo bastante activa para mí —insistió.

Esa tranquila determinación empezó a asustarla; se echó a temblar, temiendo que la suya fuera menos férrea.

—No, no —repitió mientras notaba unas lágrimas en las pestañas—. No puedo, señor Ramy. No puedo casarme. Estoy perpleja. Siempre pensé que le interesaba Evelina, siempre. Yo y todos. Es muy espabilada y muy guapa... Parecía lo más natural.

—Pues se equivocaba usted —repuso él tercamente.

—Lo lamento de veras.

Él se puso en pie y echó la silla hacia atrás:

—Quizá quiera pensárselo —dijo, con el tono generoso de un hombre que cree que puede permitirse esperar.

—Oh, no, no. Sería inútil, señor Ramy. No tengo intención de casarme jamás. Me canso con facilidad; me amedrenta tanto trabajo. Y padezco unos dolores de cabeza terribles. —Hizo una pausa y se devanó los sesos para aducir otras afecciones convincentes.

—¿Dolores de cabeza, dice usted? —inquirió el señor Ramy, dándose la vuelta.

—Sí, y tanto: unos tremendos dolores que me impiden hacer cualquier cosa. Evelina tiene que encargarse de todo cuando me da uno. Tiene que prepararme el té por la mañana.

—Pues lamento escuchar eso —dijo él.

—Se lo agradezco mucho, en cualquier caso —farfulló ella—. Y, por favor, no..., no... —Se calló de pronto y lo miró con los ojos anegados en lágrimas.

—No se preocupe —la tranquilizó él—. No se inquiete, señorita Bunner. En boca cerrada no entran moscas.

A ella le pareció que el tono de él denotaba mayor resignación desde que ella había mencionado esos dolores.

Él se quedó contemplándola durante unos instantes con mirada dubitativa, como si no supiese muy bien cómo terminar la conversación; finalmente, ella se armó de valor y le dijo (utilizando las palabras de una novela que había leído):

—No quiero que esto cambie en absoluto nuestra relación.

—No, desde luego que no —respondió el señor Ramy mientras cogía el sombrero con gesto distraído.

—Entonces, ¿vendrá a visitarnos, como siempre? —prosiguió ella, obligándose a realizar un esfuerzo—. Lo echaremos mucho de menos si no viene. Evelina... —Calló, dividida entre su deseo de que él se fijase en su hermana y el temor de desvelar demasiado pronto el secreto de esta.

—¿Y la señorita Evelina padece dolores de cabeza? —inquirió de pronto el señor Ramy.

—No, por Dios, nunca. Nada digno de ese nombre, en cualquier caso. Lleva muchísimo tiempo sin tener uno, pero, cuando se pone enferma, ella sí que sigue en pie —aseguró Ann Eliza tras realizar unas apresuradas negociaciones con su conciencia.

—Ah, eso me sorprende —repuso él.

—Será que no nos conoce tan bien como creía.

—Es posible que así sea. Que tenga usted un buen día, señorita Bunner. —El señor Ramy se dirigió a la puerta.

—Usted también, señor Ramy.

Se sintió inconmensurablemente aliviada al quedarse sola. Sabía que el momento crucial de su vida había pasado, y se alegraba de haber estado a la altura de sus ideales. Había sido una experiencia maravillosa y, pese a las lágrimas que le corrían por las mejillas, no se arrepentía de haberla vivido.

Dos hechos, sin embargo, le restaban perfección: que hubiera sucedido en la tienda y que ella no hubiera lucido el vestido de seda negra.

Pasó la siguiente hora sumida en un estado de ensoñación y éxtasis. En su vida había ocurrido algo que ningún empobrecimiento posterior podría hurtarle: se encontraba henchida de orgullo, con la misma intensa sensación de ser dueña de algo que en una ocasión, de niña, había sentido cuando su madre le había regalado un medallón de oro y ella se había incorporado en la cama, en la oscuridad, para sacarlo de donde se lo había escondido, debajo del camisón.

Pero entonces el temor al regreso de Evelina empezó a mezclarse con esas cavilaciones. ¿Cómo iba a mirar a su hermana menor a los ojos sin revelar lo que había sucedido? Le parecía que su sensación de triunfo debía de resultar visible, y se alegró de que ya hubiera anochecido cuando Evelina entró. No obstante, sus miedos eran infundados. Evelina, siempre taciturna, últimamente había dejado de interesarse por los sencillos acontecimientos de la tienda, y Ann Eliza, con una combinación de alivio y de vergüenza, notó que no corría peligro alguno de que su hermana le preguntase por los acontecimientos de la tarde. Eso la alegró, aunque notó una cierta humillación al darse cuenta de que el portentoso secreto que albergaba en su interior no despedía un resplandor visible. Le pareció decepcionante, incluso un poco absurdo, que Evelina no supiera al fin que eran iguales.

SEGUNDA PARTE

VIII

El señor Ramy, después de un decoroso intervalo, volvió a la tienda, y Ann Eliza, cuando se vieron, fue incapaz de distinguir si las emociones que arreciaban debajo de su vestido de alpaca negra eran correspondidas en el corazón del visitante. Exteriormente, este no mostró señal alguna. Encendió la pipa con la misma placidez de siempre y pareció retomar sin esfuerzo la serena intimidad de antaño. Sin embargo, para la mirada iniciada de Ann Eliza, un cambio se fue haciendo gradualmente perceptible. Vio que empezaba a mirar a su hermana del mismo modo que la había mirado a ella aquella tarde señalada; incluso distinguió un significado secreto en el cariz que tomaban sus conversaciones con Evelina. En cierta ocasión le preguntó si le gustaría viajar, y Ann Eliza advirtió que el rubor de las mejillas de Evelina reflejaba el mismo

fuego que había abrasado las suyas.

Así fueron pasando las sofocantes semanas de julio. En esa época el negocio de la tiendecita era casi inexistente, y, una mañana de sábado, el señor Ramy les propuso que cerraran temprano y que lo acompañaran a dar un paseo en barco por la bahía de Coney Island.

Ann Eliza vio el resplandor en la mirada de Evelina y tomó inmediatamente una decisión:

—Yo creo que no voy a ir, aunque se lo agradezco enormemente; pero estoy segura de que mi hermana irá con mucho gusto.

La frase forzada con la que Evelina la instó a que los acompañara le produjo cierto dolor, y más todavía el silencio del señor Ramy.

—No, creo que me voy a quedar —repitió, respondiéndose sobre todo a sí misma, no a ellos—. Hace un calor espantoso y me duele un poco la cabeza.

—Ah, entonces es mejor que no —se apresuró a decir su hermana—. Quédate aquí y descansa.

—Eso haré —confirmó Ann Eliza.

A las dos en punto el señor Ramy regresó, y al cabo de un momento Evelina y él se marcharon. Evelina se había hecho otro sombrero para la ocasión, un sombrero, le pareció a Ann Eliza, demasiado juvenil en forma y en color. Era la primera vez que osaba criticar el gusto de su hermana, y le asustó ese insidioso cambio de actitud.

Cuando Ann Eliza, pasado el tiempo, recordase esa tarde, creería percibir una nota profética en el carácter de la soledad que la distinguió: pareció destilar la triple esencia del desamparo en el que pasaría el resto de sus días. No apareció ninguna clienta; ninguna mano se posó en el pomo de la puerta; el tictac del reloj en la trastienda subrayaba irónicamente el transcurrir de las horas vacías.

Evelina volvió tarde y sola. Ann Eliza barruntó la crisis que se avecinaba en el sonido de las pisadas que avanzaban dubitativas, como si no supieran qué superficie recorrían. El cariño de la hermana mayor se había proyectado con tanta pasión en el destino de la menor que en esos momentos Ann Eliza creía estar viviendo dos vidas, la suya y la de Evelina, y sus anhelos íntimos se vieron confinados al silencio al ver la ávida dicha de la otra. Pero resultaba evidente que Evelina, que nunca percibía claramente el ambiente emocional que la rodeaba, no tenía ni idea de que su secreto se sospechaba, y, con una muestra de despreocupación que habría hecho sonreír a Ann Eliza si la punzada hubiera sido menos penetrante, la hermana menor se dispuso a confesar.

—¿En qué estás tan atareada? —preguntó con impaciencia mientras Ann Eliza, debajo de la lámpara de gas, buscaba torpemente las cerillas—. ¿Ni siquiera vas a preguntarme si he tenido un buen día?

Ann Eliza se volvió con una sonrisa tranquila:

—Creo que no hace falta. Está bastante claro que ha sido así.

—Es que no sé... No sé cómo me siento. Es todo tan extraño... Casi tengo ganas de gritar.

—Estarás cansada...

—No, no lo estoy. No es eso. Pero todo ha sucedido tan repentinamente y el barco estaba tan atestado que me ha parecido que todos oían lo que me estaba diciendo... Ann Eliza —interpeló—, ¿por qué diablos no me preguntas de qué estoy hablando?

Ann Eliza, con un último y heroico esfuerzo, fingió una cariñosa incompreensión.

—¿Y de qué estás hablando?

—¡Pues de que me voy a casar! ¡Ya está! ¡Ya lo he dicho! Todo sucedió en el barco, ¡quién lo iba a decir! No es que me sorprendiera del todo, claro está, ya sabía que me lo pediría antes o después, pero no creía que fuera a pasar hoy. Creía que nunca iba a conseguir armarse de valor. Me ha dicho que tenía mucho miedo de que lo rechazara, que por eso ha tardado tanto en pedírmelo. Aunque todavía no he accedido... Por lo menos, le he dicho que tenía que pensármelo, pero supongo que ya conoce la respuesta. ¡Oh, Ann Eliza, soy tan feliz! —Ocultó la cegadora luminosidad de su rostro.

Ann Eliza, en ese instante, solo se permitió sentir alegría. Le cogió las manos, se las bajó, la besó y se abrazaron. Cuando la hermana menor recobró la voz empezó a narrar una historia tan larga que la vigilia de ambas se prolongó hasta la madrugada. A la hermana mayor no le fue omitida ni una sílaba, ni una mirada ni un gesto de Ramy; sin darse cuenta de lo irónico que resultaba, empezó a comparar los detalles de la petición que ella había recibido con aquellos que Evelina le narraba con despiadada prolijidad.

Los días siguientes los ocuparon los azorados ajustes que requerían la nueva relación de ambas con el señor Ramy y también la relación entre ellas. La vehemencia de Ann Eliza le hizo alcanzar nuevas cotas de discreción, se inventó tareas de última hora en la tienda para dejar solos a Evelina y a su pretendiente en la trastienda. Después, al intentar recordar los detalles de esos primeros días, apenas rememoraba ninguno: solo sabía que se había levantado por las mañanas con la sensación de tener que acarrear unas horas plúmbeas por la misma escarpada pendiente de dolor.

El señor Ramy aparecía todos los días. Por las tardes, su prometida y él daban un paseo por la plaza; al regresar, las mejillas de Evelina siempre estaban sonrosadas. «La ha besado debajo del árbol de la esquina, lejos de la farola», pensaba Ann Eliza, con una capacidad repentina de vislumbrar certezas. Los domingos solían salir de excursión toda la tarde por Central Park, y Ann Eliza, desde su asiento en la quietud letal de la trastienda, seguía paso a paso ese deambular lento, largo, beatífico.

Todavía no se había mencionado el matrimonio, excepto en la ocasión en que Evelina le había dicho a su hermana que el señor Ramy quería invitar a la señora Hochmüller y a Linda a la boda. La mención de la lavandera despertó un temor medio olvidado en Ann Eliza, quien declaró, con el tono de un ruego tentativo:

—Creo que, de estar en tu lugar, intentaría no hacerme muy amiga de la señora Hochmüller.

Evelina le lanzó una mirada llena de compasión:

—Si estuvieras en mi lugar, seguramente querrías hacer todo lo posible por complacer al hombre al que amas. Es una suerte —añadió con una sorna glacial— que no me considere muy superior a los amigos de Herman.

—Oh —protestó Ann Eliza—, pero si no me refería a eso..., y tú lo sabes. No obstante, el día que la vimos, no sé por qué, no me pareció de esas personas que una querría tener como amigas.

—Yo creo que es la mujer casada quien mejor juzga esos asuntos —repuso Evelina, como si ya se hallara imbuida de su futuro estado.

Después de aquello, Ann Eliza se guardó para sí sus opiniones. Advirtió que Evelina no necesitaba ni su apoyo ni sus reconvenciones y que ella ya no desempeñaba papel alguno en la vida de su hermana. Dada la idólatra aceptación por su parte de la crueldad del destino, esa exclusión le pareció natural y justa, aunque le produjo un intensísimo dolor. No podía separar ese apasionado carácter maternal de su amor por Evelina; el hálito de la razón no podía enfriarlo hasta dejarlo reducido a la fría temperatura del cariño entre hermanas.

Ann Eliza atravesaba, o eso le parecía, el noviciado de su dolor; se preparaba, mediante un sinfín de experimentos, para la soledad que la aguardaba cuando Evelina se marchase. Era cierto que se trataba de una soledad morigerada. No estarían muy alejadas. Evelina «pasaría a verla» todos los días desde la tienda del relojero y, ciertamente, comerían con ella los domingos. Pero ella ya adivinaba la displicencia con la que Evelina cumpliría esas obligaciones; incluso vislumbraba el día en que, para tener noticias de su hermana, ella tendría que cerrar la tienda al caer la noche y llamar a la puerta

del señor Ramy. Pero no quería regodearse en esa posibilidad. «Ellos pueden venir cuando quieran; siempre me encontrarán aquí», se decía.

Una tarde, Evelina llegó arrebolada y turbada de su paseo por la plaza. Ann Eliza notó enseguida que había sucedido algo, pero su recién adquirida discreción le impidió plantear cualquier pregunta. No tuvo que esperar mucho:

—¡Oh, Ann Eliza, no sabes lo que me ha dicho! —(Ambas ya sabían a quién se refería)—. Me he llevado tal berrinche que pensaba que toda la gente en la plaza me iba a mirar. ¿Tengo un aspecto extraño? Quiere que nos casemos inmediatamente, la semana que viene.

—¿La semana que viene?

—Sí, para que nos podamos marchar a San Luis en el acto.

—Él y tú..., ¿os vais a vivir a San Luis?

—Pues no sé si sería normal que él quisiera irse sin mí —repuso Evelina con una sonrisa de superioridad—. Aunque todo ha sido tan repentino que no sé qué pensar. Acaba de recibir la carta esta mañana. Pero ¿tengo un aspecto extraño, Ann Eliza? —insistió buscando el espejo con la mirada.

—No —contestó ella, casi duramente.

—Menos mal —prosiguió Evelina, con cierto deje de decepción—. Ha sido todo un milagro que no me desmayara ahí mismo, en la plaza. Herman es un insensato, me ha dado la carta sin decir palabra. Se la ha mandado una empresa muy importante de allí, la Tiffany's de San Luis, según él, y le ofrecen un puesto en el departamento de relojes. Parece que le recomendó un amigo suyo alemán que se ha establecido allá. Es una oportunidad magnífica; si quedan contentos con él, lo ascenderán a finales de año.

Hizo una pausa, sofocada por la importancia de la situación, que parecía alzarla de una vez por todas a un nivel muy superior al de su anodina vida anterior.

—Entonces, ¿tienes que marcharte? —preguntó al fin Ann Eliza.

Evelina la miró de hito en hito:

—No querrás que le estropee una oportunidad así, ¿verdad?

—No, no. Solo quería decir que... ¿Tan pronto tiene que ser?

—De inmediato, ya te lo he dicho: la semana que viene. Es espantoso, ¿verdad? —dijo la ruborizada novia.

Pues bien, esa misma sensación era la que vivían las madres. Ellas apechugaban, pensó Ann Eliza; ¿por qué no iba a hacerlo ella? Ah, pero ya habían aprovechado su oportunidad; ella no había tenido oportunidad alguna.

Y ahora esa vida que ella había convertido en suya iba a abandonarla para siempre; ya la había abandonado en un sentido íntimo y más profundo, y no tardaría en desvanecerse incluso esa cercanía exterior, esa comunión superficial de voces y miradas. En ese momento ni siquiera pensar en la felicidad de Evelina le brindó una irradiación consoladora; en todo caso esa luz, si la veía, era demasiado débil para infundirle calor. El anhelo de un vínculo personal e inalienable, de unas cuitas y unos problemas propios, abrasaba el espíritu de Ann Eliza; le pareció que nunca recobraría las fuerzas suficientes para mirar a su soledad de frente.

Se refugió en las obligaciones cotidianas del momento. Vivido sin compañía, el dolor se habría adueñado de ella, pero las exigencias de la tienda y la trastienda y los preparativos de la boda de Evelina mantenían a raya al tirano.

A la señorita Mellins, tal y como habían anunciado sus predicciones, le pidieron que ayudara a confeccionar el traje de novia. Ella y Ann Eliza estaban una tarde agachadas delante de la tela de cachemira de color gris perla que, pese a la profética visión de la modista en que aparecía un vestido de satén con mucho vuelo, habían considerado más apropiada, cuando Evelina entró sola en la estancia.

Ann Eliza ya se había percatado de que constituía una mala señal que el señor Ramy se despidiese de su prometida en la puerta. Generalmente eso implicaba que Evelina tenía algo inquietante que comunicar, y el primer vistazo le confirmó que, en este caso, la noticia era grave.

La señorita Mellins, que daba la espalda a la puerta y que mantenía la cabeza gacha mientras cosía, dio un respingo cuando Evelina se situó al otro extremo de la mesa.

—¡Cielo santo, señorita Evelina! ¡Habría jurado que era usted un fantasma, entrando tan sigilosamente! Tuve una cuenta en la calle Cuarenta y Nueve, una joven preciosa con un pecho de la talla treinta y seis y una cintura que le habría entrado en el anillo de casada, cuyo marido le dio un susto por la espalda para gastarle una broma, y de la impresión le entró un ataque, y cuando volvió en sí había perdido por completo el juicio y tuvieron que llevársela a Bloomingdale con dos médicos y una enfermera para que la agarrasen durante el trayecto, y tenía un bebé precioso de seis semanas, y la pobrecilla aún sigue ahí ingresada.

—No quería asustarla —repuso Evelina; se sentó en la silla más cercana y, cuando la luz de la lámpara le iluminó el rostro, Ann Eliza vio que había estado llorando.

—Trae usted el semblante muy alicaído —prosiguió la señorita Mellins,

tras una pausa para escrutarle el ánimo—. Me parece que el señor Ramy la obliga a pasear demasiado por la plaza esa. Va a acabar usted con las piernas hechas fosfatina como no tenga cuidado. Los hombres no se paran a pensar; son todos iguales. Yo tenía una prima que se iba a casar con un librero...

—Señorita Mellins, quizá deberíamos dejar ya el trabajo por hoy —intervino Ann Eliza—. Yo creo que lo que Evelina necesita es un buen descanso.

—Desde luego —convino la modista—. ¿Ha cogido usted las costuras de la espalda, señorita Bunner? Aquí están las mangas. Las voy a prender con alfileres. —Se sacó un grupo de alfileres de la boca, con la que parecía sostenerlos como unas ardillas que atesoran nueces—. Ya está —declaró, enrollando su trabajo—; acuéstese enseguida, señorita Evelina, y mañana acabaremos un poco mas tarde. Supongo que se encontrará un poco nerviosa, ¿verdad? Cuando me llegue a mí el momento me moriré de miedo.

Con esa grandilocuente predicción desapareció. Ann Eliza, al volver a la trastienda, encontró a Evelina sentada y exangüe frente a la mesa. Fiel a su nueva conducta silenciosa, la hermana mayor empezó a doblar el vestido de novia, pero de pronto Evelina dijo, con una voz forzada y brusca:

—No hace falta terminarlo.

—¿De qué estás hablando, Evelina Bunner?

—Lo que acabo de decir. Que se acabó.

—¿Que se acabó? ¿El qué se ha acabado?

—Nuestra boda. No puede llevarme a San Luis. No tiene dinero suficiente. —Pronunció esas palabras con el tono monótono de un niño que recita la lección.

Ann Eliza cogió otra franja de cachemira y empezó a alisarla.

—No lo entiendo —declaró al fin.

—Pues está bastante claro. El viaje es carísimo y nos tiene que quedar algo con que empezar a vivir cuando lleguemos. Hemos hecho cuentas, no dispone del dinero necesario, y sanseacabó.

—Pero creía que le habían ofrecido un puesto espléndido...

—Así es, pero el salario es muy bajo durante el primer año, y la vivienda resulta muy cara en San Luis. Acaba de recibir otra carta de su amigo alemán, ha estado dándole vueltas a la cuestión, y tiene miedo de que salga mal la cosa. Tendrá que ir solo.

—Pero está mi dinero... ¿Se te había olvidado? Los cien dólares del banco.

Evelina hizo un ademán de impaciencia:

—Claro que no se me había olvidado. Pero no basta. Lo gastaríamos todo en comprar muebles, y, si se pusiera enfermo y se quedara sin trabajo de nuevo, no nos quedaría ni un centavo. Dice que tiene que ahorrar otros cien dólares; hasta entonces, no quiere que vaya.

Ann Eliza sopesó un momento esa sorprendente afirmación y después observó:

—Pues creo que lo debería haber pensado antes.

Evelina montó en cólera:

—Él sabe lo que se hace. Antes muerta que ser una carga para él.

Ann Eliza no respondió. El freno de una duda no formulada impidió que expresase las palabras que estaba a punto de pronunciar. Había albergado la intención, el día de la boda de su hermana, de darle la otra mitad de los ahorros comunes; pero algo le dijo que no debía contárselo en aquel momento.

Las hermanas se desvistieron en silencio. Después de acostarse y de apagar la luz, le llegó en la oscuridad el sonido del llanto de Evelina, pero se quedó inmóvil en su lado de la cama, sin tocar el cuerpo convulso de su hermana. Nunca se había sentido tan fríamente alejada de ella.

Las horas nocturnas transcurrieron lentamente, puntuadas con cansina insistencia por aquel reloj que había desempeñado un papel tan importante en sus vidas. Los sollozos de Evelina agitaban la cama a intervalos cada vez más separados, hasta que a Ann Eliza le pareció que dormía. Al alba, sin embargo, las miradas de las hermanas se encontraron; al ver el rostro de su hermana, a Ann Eliza se le cayó el alma a los pies.

Se incorporó y le tendió una mano implorante:

—No llores así, cariño. No llores.

—Oh, no lo soporto, no lo soporto —gimió Evelina.

Ann Eliza le acarició el hombro tembloroso:

—No llores, no llores —repitió—. Si coges los otros cien, ¿basta? Ya tenía pensado dártelos. Pero no quería decírtelo hasta el día de tu boda.

IX

La boda de Evelina tuvo lugar el día previsto. Se celebró por la tarde, en la

capilla de la iglesia a la que acudían las hermanas, y una vez terminada los pocos invitados presentes se dirigieron al establecimiento de las Bunner, donde los aguardaba un convite nupcial. Ann Eliza, con la ayuda de la señorita Mellins y de la señora Hawkins, y siendo consciente de que toda la calle le brindaba un apoyo sentimental, había puesto todas sus energías en la decoración de la tienda y la trastienda. En la mesa se alzaba un jarrón de crisantemos blancos entre un plato de naranjas y plátanos y una tarta glaseada, adornada con una corona de azahar que la novia había confeccionado. Unas rosas de papel rodeadas de hojas otoñales engalanaban la estantería y la cromolitografía de la Roca de la Eternidad, y una guirnalda de siemprevivas amarillas se enroscaba en torno al reloj que Evelina reverenciaba, pues lo consideraba el misterioso agente de su felicidad.

En torno a la mesa se hallaban la señorita Mellins, profusamente envuelta en lentejuelas y pulseras; su costurera principal, una pálida chiquilla que había echado una mano en la confección del vestido de Evelina; el señor y la señora Hawkins con Johnny, su hijo mayor; y la señora Hochmüller con su hija.

La amplia figura rubia de esta última pareció adueñarse de la estancia y ocultar a los huéspedes de proporciones menos rotundas. Su figura resultaba aún más impresionante gracias a un vestido de popelín de color carmesí que al separarse de su cuerpo formaba pliegues que parecían extremidades; y Linda, a la que Ann Eliza recordaba como una muchacha burda de mirada algo torva, le sorprendió al haber accedido de pronto a una de esas elegancias femeninas que a veces se derivan de una niñez desgarbada. Las Hochmüller, de hecho, fueron el alma de la fiesta. junto a ellas Evelina, anormalmente pálida con el vestido de cachemira gris y el sombrero blanco, parecía un esbozo algo desdibujado al lado de una cromolitografía brillante; y el señor Ramy, abocado a la tradicional insignificancia del papel del novio, no realizó esfuerzo alguno por cambiar esa circunstancia. Hasta los destellos y los tintineos de la señorita Mellins resultaron vanos al lado de la masa carmesí de la señora Hochmüller, y Ann Eliza, con una vaga sensación ominosa, vio que el convite nupcial se centraba en las dos invitadas que más había deseado excluir de él. Después sería incapaz de recordar lo que se dijo o lo que se hizo mientras estaban sentados en torno a la mesa: esas largas horas se convirtieron en su memoria en un torbellino de colores chillones y de voces estridentes, del cual la pálida presencia de Evelina emergía de tanto en tanto como el rostro de un ahogado en un mar teñido por el ocaso.

A la mañana siguiente, el señor Ramy y su esposa emprendieron el viaje a San Luis, y Ann Eliza se quedó sola. En apariencia, el primer dolor de la separación quedó atemperado por la llegada de la señorita Mellins, de la señora Hawkins y de Johnny, que acudieron para ayudar a quitar las guirnaldas y adecentar la trastienda. Ann Eliza, como es natural, les agradeció esa

amabilidad, pero los «comentarios de los acontecimientos» que ellos evidentemente esperaban le resultaban muy desagradables, y detrás del cariño familiar de sus presencias divisó la figura de la Soledad en la puerta.

Ann Eliza era una persona muy insignificante para una invitada tan importante, y una temblorosa sensación de insuficiencia se apoderó de ella. No tenía elevadas reflexiones que ofrecer a su nueva compañera de hogar. Hasta entonces, todos sus pensamientos habían girado en torno a Evelina y habían adoptado la forma de unas palabras sencillas y hogareñas; del abrumador discurso del silencio no conocía ni la menor sílaba.

El segundo día después de la marcha de Evelina le pareció que todo en la trastienda y en la tienda se había vuelto frío y desconocido. El aspecto de todo aquel lugar se había trastocado a raíz del cambio en sus condiciones de vida. La primera clienta que abrió la puerta la sobresaltó como si hubiera sido una aparición; daba vueltas toda la noche en su lado de la cama, sumiéndose de vez en cuando en un duermevela incierto del que se despertaba de pronto mientras buscaba a Evelina con la mano. En ese nuevo silencio que la rodeaba las paredes y los muebles empezaron a hablar y a asustarla a la caída del sol y a medianoche con suspiros extraños y susurros sigilosos. Unas manos fantasmales movían las contraventanas o hacían chirriar el pestillo de la calle; en una ocasión se quedó helada al oír unas pisadas parecidas a las de Evelina que atravesaban cautelosamente la tienda oscura y desaparecían en el umbral. Al cabo del tiempo, claro está, encontró una explicación para esos ruidos: se dijo que el armazón de la cama estaba combado, que en el piso de arriba la señorita Mellins daba pisotones o que el estruendo de los carros de cerveza que pasaban agitaba el pestillo; pero las horas que desembocaron en esas conclusiones estuvieron llenas de esos terrores fugitivos que acaban convirtiéndose en una aprensión continua. Lo peor de todo eran las comidas en soledad, en las que seguía apartando distraída el mayor pedazo de bizcocho para Evelina y en las que dejaba que el té se le enfriase mientras esperaba a que su hermana se sirviese la primera taza. La señorita Mellins, que apareció en uno de esos tristes ágapes, le propuso que comprara un gato, pero ella negó con la cabeza. No estaba acostumbrada a los animales, y sentía el leve rechazo de los beatos ante las criaturas de las cuales la separaba el abismo de la carencia de alma.

Al fin, después de diez días vacíos, llegó la primera carta de Evelina.

Querida hermana —le escribía con una caligrafía apretada e inclinada—, se me hace raro hallarme en esta gran ciudad tan lejos de casa, sola con aquel a quien me he unido de por vida, pero el matrimonio impone unas solemnes obligaciones que aquellos que lo desconocen jamás podrán entender y, quizá más felices debido a ello, la vida solo guarda para ellos tareas y placeres sencillos, pero los que se ven obligados a pensar en los demás deben estar

preparados para cumplir con su cometido en cualquier circunstancia que el Todopoderoso haya decidido presentarles. No es que tenga motivo de queja; mi querido esposo es todo amor y devoción, pero, como pasa fuera todo el día en el trabajo, no puedo evitar sentirme a veces sola, y el poeta ya dice que para los amados la separación resulta penosa, y muchas veces me pregunto, querida hermana, si te las apañas sola en la tienda; ojalá nunca llegues a conocer la sensación de soledad que estoy viviendo desde mi llegada. Ahora nos alojamos en una casa de huéspedes, pero esperamos encontrar pronto unas habitaciones y cambiar de residencia: entonces tendré que encargarme del cuidado de la casa, pero ese es el sino de aquellas que unen su suerte a la de otra persona, para ellas es imposible escapar de las cargas que nos impone la vida, y tampoco lo deseo; no viviré para siempre, pero mientras viva rezaré siempre para que no me falten las fuerzas para llevar a cabo mis obligaciones. Esta ciudad no es en absoluto tan grande ni tan hermosa como Nueva York; no obstante, aunque mi destino me lleve a un páramo espero no lamentarme, pues mi carácter nunca ha sido ese, y aquellas que sacrifican su independencia en aras del hermoso apelativo de esposa deben estar dispuestas a descubrir que no es oro todo lo que reluce, y tampoco quiero navegar el río de la vida, como tú, libre y serena como una nube de verano; ese no es mi destino y pase lo que pase no dejaré de mostrar un espíritu resignado y piadoso. Esperando que al recibo de la presente te encuentres tan bien como yo ahora, me despido, hermana, con gran cariño.

Afectuosamente,

EVELINA B. RAMY

Ann Eliza siempre había admirado en secreto el tono oratorio e impersonal de las cartas de Evelina, aunque las pocas que había leído hasta el momento, dirigidas a compañeras de clase o a parientes lejanos, se le habían antojado más cercanas a una composición literaria que a la crónica de una experiencia personal. Tampoco podía dejar de desear que Evelina hubiera renunciado a esas frases tan largas en favor de un estilo más acorde con la narración de los incidentes domésticos. Leyó la carta una y otra vez en busca de una señal de lo que su hermana hacía y pensaba en realidad, pero después de cada lectura salía impresionada aunque confusa del laberinto de la elocuencia de Evelina.

En las primeras semanas de invierno recibió dos o tres cartas de la misma índole: todas contenían, bajo esa cáscara huera de contenido, una pequeña dosis de información. Gracias a una paciente lectura entre líneas, Ann Eliza dedujo que Evelina y su marido, tras varios experimentos costosos en casas de huéspedes, habían acabado en un cuarto de una casa de vecindad; que la vida en San Luis era más cara de lo que suponían; que el señor Ramy regresaba del trabajo a altas horas de la noche (¿cómo, en una joyería?, pensó Ann Eliza), y que su puesto le brindaba menos satisfacciones de las que le habían inducido a

esperar. En febrero las cartas se espaciaron, y finalmente dejaron de llegar.

Al principio Ann Eliza escribió, tímida pero insistentemente, rogando noticias más frecuentes; después, a medida que una petición tras otra fueron sumiéndose en el misterio del prolongado silencio de Evelina, unos miedos imprecisos empezaron a apoderarse de la hermana mayor. Quizá Evelina estaba enferma, ¡y la única persona que podía cuidarla era un hombre que ni siquiera sabía prepararse una taza de té! Ann Eliza recordó la capa de polvo del establecimiento del señor Ramy, y las imágenes de un desastre doméstico se fundieron con la visión más dolorosa de una enfermedad de su hermana. Aunque, si Evelina estuviera enferma, seguramente él le habría escrito. Tenía una caligrafía pequeña y ordenada, y la comunicación epistolar no suponía una humillación insuperable para él. La alternativa más probable era que la infortunada pareja hubiera quedado postrada por una enfermedad que les impedía pedirle que acudiera a verlos, ¡pues no cabe duda de que eso habrían hecho, pensó Ann Eliza con un cinismo inconsciente, si ella o sus pequeños ahorros les hubieran podido ser de utilidad! Cuanto más se esforzaba por escudriñar el misterio, más oscuro se volvía este, y la falta de iniciativa que la aquejaba, esa incapacidad de vislumbrar qué pasos había que dar para encontrar a los desaparecidos en lugares remotos, le infundían un sentimiento de perplejidad e impotencia.

Al fin surgió de algún rincón de sus atribulados recuerdos el nombre de la joyería de San Luis para la que trabajaba el señor Ramy. Al cabo de muchas dudas y de un esfuerzo considerable, les pidió razón de su cuñado tímidamente, y recibió una contestación antes de lo esperado:

Estimada señora:

En respuesta a su carta del día 29 del mes pasado nos vemos obligados a comunicarle que la persona a la que hace mención fue despedida hace un mes. Lamentamos no poder procurarle su dirección.

Atentamente,

LUDWIG Y HAMMERBUSCH

Ann Eliza leyó y releyó esa breve declaración sumida en una angustiada estupefacción. Había perdido la última referencia de Evelina. Esa noche no durmió; estuvo considerando el formidable proyecto de ir a San Luis en busca de su hermana; aunque sopesó sus escasos medios económicos con la pericia de una mente acostumbrada a tejer a base de retales, al llegar el alba se enfrentó con la dura realidad de que no tenía dinero suficiente para el pasaje. El regalo de boda de Evelina la había privado de todo recurso que no procediera de las ganancias diarias, que habían ido mermando de manera continuada en el transcurso del invierno. Hacía mucho tiempo que había

renunciado a su visita semanal a la carnicería y había reducido los otros gastos al mínimo posible, pero la más sistemática de las frugalidades no le había permitido ahorrar. A pesar de su empeño por sostener la prosperidad de la tiendecita, la ausencia de su hermana ya se había notado en el negocio. Ahora que ella tenía que llevar en persona los fardos al tintorero, las clientas que llegaban en su ausencia, al ver el establecimiento cerrado, muchas veces recurrían a otro. Además, después de varios intentos serios pero inútiles tuvo que renunciar a adornar sombreros, actividad que, en manos de Evelina, había constituido la parte más lucrativa y más interesante del negocio. Ese cambio, a ojos de las mujeres que pasaban, despojaba al escaparate de su principal atractivo, y, cuando la dolorosa experiencia convenció a las clientas habituales de Hermanas Bunner de la falta de pericia de Ann Eliza en cuestión de sombreros, empezaron a perder la fe en su capacidad para rizar una pluma o para «dar frescura» a un ramo de flores. Llegó un momento en que Ann Eliza casi se decidió a hablar con la dama de mangas abullonadas, que siempre la había tratado con gran cariño y que en una ocasión le había encargado un sombrero a Evelina. Cabía la posibilidad de que esa dama le pudiera encomendar algunas sencillas labores de costura o que recomendase la tienda a amigas suyas. Considerando esa posibilidad, hurgó en un cajón y sacó las pocas y mugrientas tarjetas de visita que las hermanas se habían hecho en el primer ímpetu de su aventura comercial; no obstante, cuando la dama apareció al fin se hallaba completamente de luto y presentaba un semblante tan triste que Ann Eliza no osó decir nada. Entró a comprar unos carretes de hilo negro y seda, y en la puerta se dio la vuelta para anunciar: «Mañana me marcho de viaje durante mucho tiempo. Espero que pase usted un buen invierno». Y cerró la puerta a su paso.

Un día, no mucho después de aquello, a Ann Eliza se le ocurrió desplazarse a Hoboken para buscar a la señora Hochmüller. Por mucho que le repeliese confesar sus cuitas a esa persona en particular, la angustia ya le había obligado a superar esas reticencias; sin embargo, cuando empezó a cavilar sobre la cuestión se encontró con una nueva dificultad. En la única ocasión en que la habían visitado, Evelina y ella se habían dejado guiar por el señor Ramy, y ahora se dio cuenta de que ni siquiera conocía el nombre del barrio de la lavandera y menos aún el de la calle en que vivía. Pero debía conseguir noticias de Evelina; ningún obstáculo era lo bastante grande para impedirselo.

Aunque deseaba fervientemente recabar el consejo de otra persona, no quería exponer su situación a la mirada escrutadora de la señorita Mellins, y al principio no se le ocurrió otro confidente. Entonces se acordó de la señora Hawkins, o más bien de su marido, quien, aunque ella siempre lo había considerado un hombre anodino y falto de cultura, probablemente poseía esa misteriosa facultad masculina de descubrir las direcciones de la gente. Le resultó muy difícil confiar el secreto siquiera a la benevolente señora Hawkins,

pero al menos se libró del interrogatorio al que la modista la habría sometido. La presión acumulada de las obligaciones domésticas había cercenado hasta tal punto la curiosidad de la señora Hawkins por los asuntos de los demás que recibió la confianza de su visitante con una indiferencia casi masculina, mientras mecía a su hijo de pocos meses en un brazo y con el otro intentaba controlar los impulsos acrobáticos del siguiente en edad.

—Caramba —observó sencillamente cuando Ann Eliza terminó—. Estate quieto, Arthur: la señorita Bunner hoy no tiene ganas de hacerte el caballito con el pie. ¿Y tú qué miras, Johnny? Vete a jugar, corre —añadió, mirando severamente a su hijo mayor, que, como era el menos travieso, solía ser el mayor receptor de los enfados de la madre con los demás—. Es posible que el señor Hawkins pueda ayudarla —prosiguió reflexiva, mientras los niños, que se habían dispersado tras la regañina, volvían a sus actividades anteriores como moscas que se posan en el mismo lugar del que una mano exasperada las ha espantado—. Le diré que vaya a verla en cuanto llegue, así le cuenta usted toda la historia. Seguramente podrá encontrar a esa señora Hochmüller en el listín. Sé que tienen uno en su trabajo.

—Se lo agradecería muchísimo —farfulló Ann Eliza mientras se levantaba con la falsa sensación de liviandad que se produce tras compartir una congoja largo tiempo oculta.

X

El señor Hawkins demostró ser merecedor de la fe que su esposa había depositado en sus capacidades. Recabó de Ann Eliza toda la información que esta pudo darle sobre la señora Hochmüller y volvió a la tarde siguiente con un papel en el que aparecía la dirección, debajo de la cual Johnny (el escribano de la familia) había anotado con grandes letras redondeadas los nombres de las calles que llevaban a ella desde el transbordador.

Ann Eliza no durmió en toda la noche y fue repitiéndose una y otra vez las indicaciones que el señor Hawkins le había dado. Era un hombre bondadoso, y ella sabía que la habría acompañado de buena gana a Hoboken; de hecho, vio en su tímida mirada la decisión medio tomada de ofrecerse a ir con ella, pero ese recado prefería hacerlo sola.

Por tanto, el domingo siguiente salió temprano; no le costó mucho llegar al transbordador. Casi había transcurrido un año desde la anterior visita a la señora Hochmüller, y una fría brisa de abril le azotó el rostro cuando accedió a la embarcación. Prácticamente todos los pasajeros se apiñaban en el camarote;

ella se refugió en la esquina más oscura, temblando debajo del fino manto negro que tanto calor le había dado en julio. Empezó a acometerla cierto aturdimiento cuando bajó a tierra, pero un paternal agente de policía le ayudó a encontrar el ómnibus que necesitaba y, como si estuviera en un sueño, se vio recorriendo de nuevo el camino que llevaba a la casa de la señora Hochmüller. Le había dicho al revisor el nombre de la calle en la que quería bajarse; después se quedó, azotada por un viento penetrante, en la esquina próxima a la cervecería, donde el sol le había calentado con tanta fuerza en aquella otra ocasión. Al fin apareció un ómnibus vacío, en cuyo costado amarillo aparecía el nombre del barrio de la señora Hochmüller; Ann Eliza no tardó en verse avanzando entre traqueteos junto a estrechas casas de ladrillo que parecían islas entre solares vacíos, como moles enormes en una laguna desierta. Cuando el vehículo llegó al final del trayecto, se apeó y se quedó inmóvil durante un instante, intentando recordar por qué esquina había doblado el señor Ramy. Acababa de decidir preguntar al conductor cuando este hizo restallar las riendas sobre los lomos de los flacos caballos y el carruaje, todavía vacío, emprendió el rumbo a Hoboken.

Ann Eliza, sola en la cuneta, echó a caminar tímidamente y empezó a buscar aquella casita roja con un gablete sobre la que se alzaba un olmo, pero todo cuanto la rodeaba se le antojaba desconocido y hostil. Uno o dos hombres de semblante hosco se cruzaron lentamente con ella y le lanzaron unas miradas inquisitivas; ella fue incapaz de decidirse a hablar con ellos.

Finalmente, un muchacho de cabello rubísimo franqueó una puerta batiente que parecía ser indicadora de ilícitas juergas y ella se atrevió a confiarle sus tribulaciones. La oferta de cinco peniques indujo en él una rauda disposición a llevarla a casa de la señora Hochmüller: el chaval emprendió la marcha de inmediato, pasando junto al patio del picapedrero, mientras Ann Eliza lo seguía.

Tras otra curva de la calle llegaron a la casita roja; después de dar la recompensa a su guía, Ann Eliza abrió la cancela y se dirigió a la puerta. El corazón le latía con gran fuerza y tuvo que apoyarse en una jamba para que los labios le dejaran de temblar; hasta ese momento no se había percatado de cuánto le iba a doler hablar de Evelina con la señora Hochmüller. A medida que su agitación iba remitiendo empezó a advertir lo mucho que había cambiado la casa. No era solo que el invierno hubiera pelado el olmo y ennegrecido los parterres: toda la edificación presentaba un aspecto degradado y abandonado. Los cristales de las ventanas estaban rajados y sucios, y un par de contraventanas se mecía de modo lúgubre, pues los goznes se habían soltado.

Llamó varias veces antes de que le abrieran. Finalmente apareció en el umbral una irlandesa con un manto a la cabeza y un bebé en los brazos; al

mirar el estrecho pasillo detrás de esa mujer, Ann Eliza vio que el deterioro interior de la pulcra morada de la señora Hochmüller era parejo al del exterior.

Cuando le dijo el nombre, la irlandesa la miró de hito en hito:

—¿La señora qué, dice usted?

—La señora Hochmüller. Estoy segura de que esta es su casa.

—De eso nada —repuso la mujer mientras se daba la vuelta.

—Oh, espere, por favor —imploró Ann Eliza—. No me puedo haber equivocado. Me refiero a la lavandera. Estuve aquí visitándola el junio pasado.

—¡Ah, se refiere a la lavandera holandesa, la que vivía aquí! Hace más de dos meses que se marchó. Ahora esta es la casa de Mike McNulty. ¡Chitón! —le dijo al bebé, que había abierto mucho la boca para proferir un aullido.

A Ann Eliza le temblaron las piernas:

—¿Que la señora Hochmüller se ha marchado? Pero ¿a dónde? Debe de andar por las inmediaciones. ¿No me puede dar razón de ella?

—Pues no —replicó la mujer—. Se marchó antes de que yo llegara.

—¡Dalia Geoghegan, entra al niño, que se va a enfriar! —exclamó una voz airada desde el interior.

—¡Espere, por favor! ¡Espere! —insistió Ann Eliza—. Es imperioso que encuentre a esa señora.

—¿Y entonces por qué no va a buscarla? —repuso la mujer, que inmediatamente le dio con la puerta en las narices.

Ella permaneció inmóvil en el umbral, aturdida por la inmensidad de su decepción, hasta que un estallido de gritos en el interior le hizo dirigirse al camino y franquear la cancela.

Ni siquiera entonces podía asimilar lo que había sucedido; se detuvo en medio de la calle y volvió a mirar a la casa, casi esperando que el rostro de la señora Hochmüller, antaño detestado, apareciera en una de las ventanas mugrientas.

La espabiló un viento helado que pareció surgir de pronto en ese escenario desolado y que le atravesó el vestido como si este fuera de gasa; se dio la vuelta y comenzó a desandar lo andado. Pensó en preguntar por la señora Hochmüller en alguna de las casas vecinas, pero su aspecto era tan hostil que siguió avanzando sin decidir a qué puerta llamar. Cuando llegó a la última parada del ómnibus, un coche acababa de salir en dirección a Hoboken, y se vio obligada a esperar en la esquina casi una hora, con un fuerte viento. Ya tenía las manos y los pies agarrotados por el frío cuando finalmente el carruaje

volvió a aparecer a lo lejos; consideró hacer alguna escala en el trayecto al transbordador para tomar un té, pero antes de que llegaran a la zona de las casas de comidas empezó a sentir tal mareo y tales náuseas que solo pensar en ingerir algo le resultaba repulsivo. Al final embarcó en el transbordador y se quedó en el aire viciado y tranquilizador del atestado camarote; después sufrió otro intervalo de escalofríos en una esquina, otro largo trayecto lleno de traqueteos en un coche que cruzaba la ciudad y que olía a paja mojada y a tabaco; después de todo aquello, bajo el frío ocaso primaveral, abrió la puerta de su casa, cruzó a tientas la tienda y llegó a su dormitorio, que tenía la chimenea apagada.

A la mañana siguiente, la señora Hawkins fue a verla para que le contase el resultado del viaje, pero se la encontró sentada detrás del mostrador y arrebujada en un chal viejo.

—¡Santo cielo, señorita Bunner, está usted enferma! Debe de haberle entrado fiebre: ¡al menos lo parece, tiene el rostro colorado!

—No es nada. Seguramente cogí frío ayer en el transbordador —la tranquilizó Ann Eliza.

—¡Y aquí hace un frío sepulcral! —le regañó la señora Hawkins—. Deme la mano: está ardiendo. Señorita Bunner, tiene que acostarse inmediatamente.

—Oh, me es imposible. —Esbozó una débil sonrisa—. Olvida usted que solo estoy yo para atender la tienda.

—Pues si no se anda con cuidado no la va a seguir atendiendo durante mucho tiempo —repuso lúgubrementemente la vecina. Debajo de su plácido semblante cultivaba una pasión morbosa por las enfermedades y la muerte, y la imagen del sufrimiento de Ann Eliza la sacó de su acostumbrada indiferencia—. En cualquier caso no viene mucha gente a la tienda —añadió con una crueldad inconsciente—; voy a subir al piso de arriba, a ver si la señorita Mellins puede prescindir de una de sus chicas.

Ann Eliza, demasiado agotada para resistirse, dejó que la señora Hawkins la acostara y le preparara un té en la cocina; la señorita Mellins, que siempre respondía de forma bondadosa a cualquier petición de ayuda, mandó a la muchacha miope para que se ocupara de las hipotéticas clientas.

Ann Eliza, tras renunciar de tal manera a su independencia, se sumió en una apatía repentina. Por lo que ella recordaba, era la primera vez en su vida en que la cuidaban, en que no era ella la que cuidaba, y esa rendición le produjo un alivio momentáneo. Se tomó el té como una niña obediente, dejó que le aplicaran una cataplasma en el pecho dolorido y no pronunció protesta alguna cuando encendieron un fuego en la chimenea raramente utilizada; sin embargo, cuando la señora Hawkins se agachó para «arreglarle» las

almohadas, se incorporó apoyándose en el codo para susurrar:

—Ay, señora Hawkins, la señora Hochmüller ya no estaba. —Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—¿Cómo que no estaba? ¿Se ha marchado a otro sitio?

—Hace más de dos meses, y no saben a dónde se ha ido. ¿Qué voy a hacer?

—Tranquila, tranquila. Quédese acostada y no se inquiete. Le preguntaré al señor Hawkins en cuanto llegue a casa.

Ann Eliza le expresó su gratitud entre murmullos; la señora Hawkins se inclinó y le dio un beso en la frente:

—No se inquiete —repitió, con la misma voz con que tranquilizaba a sus hijos.

La enferma pasó una semana en la cama, recibiendo los fieles cuidados de las dos vecinas, mientras la muchacha miope y la costurera pálida que había ayudado a terminar el traje de novia de Evelina se turnaban para atender la tienda. Todas las mañanas, cuando sus amigas aparecían, Ann Eliza levantaba la cabeza para preguntar: «¿Ha llegado alguna carta?», y, al escuchar la cariñosa negativa, volvía a recostar la cabeza en silencio. La señora Hawkins no mencionó durante varios días la promesa de consultar al marido cuál era el mejor modo de encontrar a la señora Hochmüller; el temor a una nueva decepción impidió a Ann Eliza abordar la cuestión.

No obstante, el domingo siguiente, cuando se hallaba incorporada por primera vez en la mecedora, cerca de la estufa, mientras la señorita Mellins repasaba la Police Gazette junto a la lámpara, llamaron a la puerta de la tienda y entró el señor Hawkins.

El primer vistazo que Ann Eliza echó al rostro anodino y simpático del visitante le anunció que este traía noticias, y, aunque en esta ocasión no intentó ocultarle su angustia a la señorita Mellins, los labios le temblaban tanto que no pudo hablar.

—Buenas tardes, señorita Bunner —la saludó el visitante con su voz pausada—. He pasado todo el día en Hoboken buscando a la señora Hochmüller.

—¡Oh, señor Hawkins! ¿De veras?

—He llevado a cabo una búsqueda exhaustiva, pero lamento decirle que no he conseguido nada. Se ha marchado de allí, sin dejar rastro, y nadie parece saber adónde ha ido.

—Ha sido usted muy amable —se esforzó en decir Ann Eliza con un débil

susurro, sobreponiéndose a la marea arrolladora del desengaño.

El señor Hawkins, que delataba el azoramiento de ser el portador de malas noticias, se colocó delante de ella con aire dubitativo y después se dio la vuelta para irse:

—No se preocupe —le dijo desde la puerta, deteniéndose.

Ella quiso volver a hablar, pedirle que se quedara, que la aconsejara, pero las palabras se le atragantaron y calló.

Al día siguiente madrugó, se vistió y se caló un sombrero con dedos trémulos. Aguardó a que llegara la muchacha miope y, después de haberle dejado unas instrucciones precisas sobre cómo atender la tienda, salió a la calle. Se le había ocurrido durante una de las agotadoras vigiliass de la noche anterior que podía acercarse a Tiffany's e indagar en el pasado del señor Ramy. Era posible que de ese modo obtuviera información que le indicase una nueva manera de dar con Evelina. Sabía, con cierto sentimiento de culpa, que la señora Hawkins y la señorita Mellins se enfadarían con ella por haber salido a la calle, pero estaba convencida de que no volvería a encontrarse bien hasta que tuviera noticias de Evelina.

El viento matutino soplaba con fuerza; al doblar la calle y encontrarse con el viento de cara se sintió tan débil e inestable que se preguntó si sería capaz de llegar siquiera a Union Square, pero caminando muy lentamente, y deteniéndose de tanto en tanto, cuando podía hacerlo sin llamar la atención, llegó al fin a las enormes puertas de cristal de la joyería.

Era tan temprano que aún no había clientes en el establecimiento, y sintió que se convertía en el centro de innumerables miradas desocupadas mientras avanzaba junto a largas hileras de vitrinas en las que refulgían los diamantes y la plata.

Oteó en derredor con la esperanza de encontrar el departamento de relojes sin tener que abordar a uno de los imponentes caballeros que deambulaban por los pasillos vacíos, pero precisamente se fijó en ella uno de los más imponentes de todos.

La majestuosa benevolencia con que le preguntó en qué podía servirle a punto estuvo de hacerle creer que no podría explicarse, pero al fin logró dejar de farfullar una serie de presentaciones poco afortunadas y le pidió que le indicara dónde se hallaban los relojes.

El caballero la estudió con gesto reflexivo:

—¿Qué tipo de reloj anda buscando usted? ¿Se trata de un regalo de boda, o...?

La ironía de esa alusión le infundió una fuerza repentina:

—No quiero comprar ningún reloj. Quiero ver al encargado de ese departamento.

—¿Al señor Loomis? —Siguió calibrándola con la mirada; después pareció concluir que el problema que ella presentaba no era de su incumbencia —. Oh, desde luego. Suba en ascensor al segundo piso. El primer pasillo a la izquierda. —Le señaló con la mano la infinita perspectiva de vitrinas.

Ella siguió la dirección de ese gesto señorial, y un rápido ascenso la condujo a una gran sala en la que miles de relojes zumbaban y atronaban. Dondequiera que mirase, los relojes formaban unas filas que componían un panorama brillante e interminable: mecanismos de todos los tamaños y músicas, desde el gigante del pasillo que parecía tener una campana en la garganta hasta la chuchería para el tocador que gorjeaba como un pajarillo; altos relojes de caoba y latón con carillones catedralicios; relojes de bronce, de vidrio, de porcelana, de todos los tamaños, músicas y configuraciones posibles; y entre esas apretadas filas, por el suelo pulido de los pasillos, se desplazaban las lánguidas figuras de otros señoriales paseantes de aquella planta, que esperaban a que sus obligaciones dieran comienzo.

Uno de ellos no tardó en acercarse, y ella repitió la pregunta. Él reaccionó afablemente:

—¿El señor Loomis? Vaya usted a la oficina del fondo. —Le señaló una especie de caja compuesta de cristal esmerilado y unos paneles sumamente lustrosos.

Le dio las gracias; él se volvió hacia uno de sus colegas y le dirigió unas palabras entre las que ella distinguió el nombre del señor Loomis y que fueron recibidas con una sonrisita de complicidad. Sospechó que estaban gastando una broma a su costa y cuadró los estrechos hombros debajo del manto.

La puerta de la oficina se hallaba abierta; en el interior había un hombre de cabello canoso delante de un escritorio que levantó la mirada con amabilidad. Ella volvió a preguntar por el señor Loomis.

—Soy yo. ¿En qué puedo servirla?

El hombre se mostró mucho menos grandilocuente que los otros, aunque ella supuso que su autoridad era mayor; animada por ese tono de voz, se sentó en el borde de la silla que él le indicó con un ademán.

—Espero que me disculpe por molestarlo, señor. He venido a preguntarle si puede contarme algo referente al señor Ramy. Estuvo trabajando en este departamento de relojes hará unos dos o tres años.

Él no dio muestras de reconocer el nombre.

—¿Ramy? ¿Cuándo se marchó de aquí?

—No lo sé. Se puso muy enfermo, y cuando se recuperó lo habían sustituido. El mes de octubre pasado se casó con mi hermana, se marcharon a San Luis, y llevo más de dos meses sin recibir noticias de ellos; ella es mi única hermana, y estoy tan preocupada por ella que voy a perder la razón.

—Entiendo —dijo él con gesto reflexivo—. ¿Qué puesto ocupó aquí el señor Ramy? —inquirió al cabo de un instante.

—Nos contó..., nos contó que había sido uno de los encargados del departamento de relojes —farfulló Ann Eliza, de quien se había adueñado una súbita duda.

—Seguramente exageró un poco. Pero puedo darle referencias de él si consulto nuestros libros. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Ramy, Herman Ramy.

A continuación se produjo un prolongado silencio, solo interrumpido por el aleteo de las páginas cuando el señor Loomis pasaba las hojas de esos libros. Entonces él levantó la vista con un dedo metido entre los folios.

—Aquí está: Herman Ramy. Era un trabajador raso, y el pasado junio hizo tres años y medio que se marchó.

—¿Por enfermedad? —inquirió una titubeante Ann Eliza.

El señor Loomis pareció dudar; después dijo:

—Aquí no se menciona ninguna enfermedad. —Ella notó que la miraba de nuevo con compasión—. Quizá lo mejor sea que le diga la verdad. Lo despidieron por consumo de estupefacientes. Trabajaba bien, pero no pudimos impedir que se desviara. Lamento tener que decírselo, pero creo que es lo más justo, ya que dice usted que está preocupada por su hermana.

Ann Eliza dejó de ver los paneles lustrosos y percibió las risas burlonas de los innumerables relojes como si fueran los aullidos de las olas en una tormenta. Intentó responder, pero no pudo; intentó ponerse en pie, pero el suelo había desaparecido.

—Lo lamento enormemente —repitió el señor Loomis, cerrando el libro—. Ahora recuerdo perfectamente a ese hombre. Desaparecía de vez en cuando y volvía a aparecer en un estado que le impedía hacer nada útil durante varios días.

Al escuchar aquello, se acordó del día en que había encontrado al señor Ramy sentado y sumido en un abyecto abatimiento detrás del mostrador. Volvió a vislumbrar esa mirada turbia y perdida que le había dirigido, la capa de polvo que cubría toda la tienda y el reloj verde de bronce de la ventana que representaba a un terranova con la pata encima de un libro. Se levantó con

lentitud.

—Gracias. Perdón por haberlo molestado.

—No ha sido molestia. ¿Dice usted que Ramy se casó con su hermana el pasado mes de octubre?

—Sí, señor, e inmediatamente se marcharon a San Luis. No sé cómo encontrarla. Había pensado que quizá hubiera alguien aquí que supiese algo de él.

—Es posible que alguno de los empleados sepa algo. Déjeme su nombre y le mandaré un recado si descubro su paradero.

Le tendió un lapicero y ella anotó su dirección; después se marchó a ciegas atravesando los relojes.

XI

El señor Loomis, fiel a su palabra, escribió al cabo de unos días para decir que había preguntado en el taller si alguien tenía noticias de Ramy, sin resultado; mientras doblaba la carta y la dejaba entre las páginas de la Biblia, Ann Eliza sintió que su última esperanza se había desvanecido. Hacía mucho tiempo, claro está, que la señorita Mellins le había propuesto la mediación de la policía, recurriendo a su literatura favorita para citar ejemplos convincentes de la capacidad sobrenatural del detective Pinkerton; pero el señor Hawkins, al ser consultado, rechazó esa idea observando que los detectives cuestan en torno a veinte dólares al día; y un vago temor a los agentes de la ley, una imagen imprecisa de Evelina en las garras de un agente de chaqueta azul, impidieron a Ann Eliza pedir ayuda a la policía.

Tras la llegada de la nota del señor Loomis, las semanas se sucedieron sin incidente alguno. Ann Eliza no se desprendió de la tos hasta bien entrada la primavera; su reflejo en el espejo se volvió más encorvado y enjuto; su frente adquirió dimensiones mayores, acercándose más al remolino de pelo que tenía detrás de la raya y que ella domaba con un peine de goma de la India.

Cuando se acercaba la primavera, una dama encinta se instaló en el hotel familiar Mendoza y, gracias a la amistosa intervención de la señorita Mellins, a Ann Eliza le encomendaron la confección de algunas ropitas para el bebé. Eso le aplacó la angustia referente al futuro inmediato, pero tuvo que realizar un esfuerzo para percibir la sensación de alivio. Su bienestar personal era lo que menos le preocupaba. A veces sopesaba cerrar la tienda, y solo el miedo de que, si cambiaba de dirección, Evelina no pudiera encontrarla le impidió

llevar a cabo ese plan.

Dado que había perdido la esperanza de hallar a su hermana, toda la actividad de su imaginación solitaria se había concentrado en la posibilidad de que Evelina volviera junto a ella. El descubrimiento del secreto de Ramy le había infundido unos espantosos temores. En la desolación de la tienda y la trastienda la torturaban unas imágenes confusas de los sufrimientos de Evelina. ¿Qué horrores se ocultarían bajo el silencio de su hermana? Su mayor miedo era que la señorita Mellins le sonsacase lo que el señor Loomis le había revelado. Estaba segura de que la señorita Mellins podría contar una gran cantidad de anécdotas nefandas sobre toxicómanos, anécdotas que ella no tenía fuerzas para escuchar. «Toxicómano»: la palabra misma resultaba demoníaca; casi oía a la señorita Mellins pronunciarla con delectación. Aunque la imaginación de Ann Eliza, por sí sola, ya había empezado a llenar las largas horas con visiones luctuosas. A veces, por la noche, le parecía que la llamaban: la voz era la de su hermana, muy débil a causa de un terror innombrable. Los momentos de mayor sosiego le llegaban cuando conseguía convencerse de que Evelina había muerto. En esas ocasiones pensaba en ella con tristeza, pero, más serenamente, la imaginaba sepultada bajo el túmulo descuidado de un cementerio desconocido, sin una lápida que recordase su nombre, sin ningún doliente que, al llevar un ramo a otra tumba, se detuviese compasivo para depositar una flor en la suya. No obstante, muchas veces aquella imagen no le brindaba un alivio negativo, y siempre, bajo esos contornos difusos, subyacía la convicción oscura de que Evelina vivía, de que se hallaba en circunstancias penosas y de que anhelaba su compañía.

El verano siguió transcurriendo de ese modo. Ann Eliza era consciente de que la señora Hawkins y la señorita Mellins la vigilaban con una cariñosa congoja, pero esa certeza no la alivió. Ya no le importaba lo que sintieran ni lo que pensarán de ella. Su dolor se situaba en un lugar que los desvelos humanos no podían alcanzar, y, al cabo de cierto tiempo, advirtió que ellas se habían dado cuenta de que no podían ayudarla. Seguían visitándola con toda la frecuencia que sus atareadas vidas les permitían, pero las estancias eran cada vez más cortas y la señora Hawkins siempre aparecía con Arthur o con el bebé para que tuvieran algo de que hablar y alguien a quien regañar.

Llegó el otoño y después el invierno. El negocio había vuelto a decaer; muy pocas clientas entraban a la tiendecita de la planta baja. En enero Ann Eliza empeñó el mantón de cachemira de su madre, el broche de mosaico y la estantería de palisandro en la que siempre había estado el reloj; también habría vendido el armazón de la cama de no haber sido por la persistente imagen de una Evelina que volvía débil y extenuada y que no tenía dónde apoyar la cabeza. También pasó el invierno, y volvió a aparecer marzo con sus galaxias de junquillos amarillos en las ventosas esquinas de las calles, cosa que trajo a

la memoria de Ann Eliza aquel día de primavera en que su hermana había llegado a casa con un ramo de esas flores en la mano. Pese a que estas habían conferido a las calles una enorme y prematura luminosidad, el mes aún era duro y tormentoso, y Ann Eliza tenía el frío metido en los huesos. Sin embargo, empezó a reanudar sin darse cuenta las rutinas reparadoras de la vida. Poco a poco se había ido acostumbrando a estar sola, había empezado a interesarse sin demasiado entusiasmo por una o dos clientas nuevas que la temporada le había traído, y, aunque el recuerdo de Evelina le resultaba tan doloroso como siempre, no constituía el eje de sus pensamientos de un modo tan persistente.

Una tarde, a última hora, estaba detrás del mostrador envuelta en un mantón y preguntándose si podía bajar ya las persianas y retirarse a la comodidad relativa de la trastienda. No pensaba en nada en particular; solo, quizá de un modo impreciso, en la dama de mangas abullonadas, la cual, después de un largo eclipse, había vuelto a aparecer el día anterior con unas mangas de un corte nuevo y le había comprado cintas y agujas. Todavía iba de luto, aunque resultaba evidente que de forma menos rigurosa, lo que infundió en Ann Eliza la esperanza de futuros encargos. La dama se había marchado alrededor de una hora antes: había dirigido sus gráciles pasos a la Quinta Avenida. Se había despedido de ella con la afabilidad habitual, y a Ann Eliza le pareció extraño que se conocieran desde hacía tanto tiempo sin que ella supiera el nombre de aquella señora. A partir de esta reflexión sus pensamientos divagaron y se fijaron en el corte nuevo de las mangas de la dama, y se enfadó consigo misma por no haberlas estudiado con mayor detenimiento. Le pareció que a la señorita Mellins le habría gustado conocer los detalles. Su capacidad de observación nunca había sido tan penetrante como la de Evelina, cuando esta no estaba demasiado distraída para ponerla en práctica. Tal y como siempre decía la señorita Mellins, Evelina era capaz de «aprender patrones con los ojos»: ¿podría haber reproducido esa manga nueva utilizando un periódico viejo en un periquete! Mientras cavilaba sobre aquello, Ann Eliza deseó que la señora regresase para volver a estudiar la manga. No resultaba improbable que pasase por allí, pues no cabía duda de que vivía en la plaza o en las inmediaciones. De pronto advirtió que había un pañuelito pulcro en el mostrador: a la dama se le debía de haber caído del bolso y seguramente volvería a recogerlo. Ann Eliza, complacida con esa idea, se sentó detrás del mostrador y miró la calle en penumbra. Siempre prendía el gas lo más tarde posible; se dejaba una caja de cerillas cerca del brazo, de modo que, si alguien entraba, podía acercarse rápidamente a la llama a la lámpara. Al fin, en el ocaso cada vez más oscuro, distinguió una figura delgada y negra que bajaba los escalones que llevaban a la tienda. Con una ligera sensación de calor placentero en el corazón se incorporó para encender la luz. «Creo que esta vez le preguntaré el nombre», pensó. Puso la llama lo más fuerte posible y vio a su

hermana en la puerta.

Al fin había llegado, una pálida y desgraciada sombra de Evelina: de su rostro demacrado había desaparecido la leve tonalidad rosada, su cabello ya no lucía aquellos rizos duros, y le cubría la espalda estrecha un mantón más harapiento que el de Ann Eliza. El brillo del gas la iluminó por completo mientras ella observaba a Ann Eliza.

—¡Hermana! ¡Oh, Evelina! ¡Sabía que volverías! —A continuación la estrechó entre sus brazos con un prolongado gemido de triunfo. Pronunció un torrente de palabras deshilvanadas mientras apoyaba su mejilla contra la de su hermana: expresiones de cariño triviales e inconexas aprendidas de los largos discursos de la señora Hawkins a su pequeño.

Evelina se dejó abrazar pasivamente durante un rato; luego se zafó y contempló la tienda:

—Estoy cansadísima. ¿No está la chimenea encendida? —inquirió.

—¡Pues claro que sí! —Ann Eliza, agarrándole la mano con gran fuerza, la llevó a la trastienda. Todavía no quería preguntarle nada, solo sentir que el vacío de la tienda volvía a estar rebosante de la única presencia que para ella representaba lo cálido y lo luminoso.

Se arrodilló delante del hogar, rebañó unos trozos de carbón y leña del fondo del cubo y acercó una de las mecedoras al débil fuego.

—Ya está: dentro de un momento se avivará —aseguró.

Obligó a Evelina a sentarse sobre los desgastados almohadones de la mecedora y, agachándose a su lado, empezó a frotarle las manos.

—¡Estás fría como un témpano! Quédate aquí calentándote mientras yo voy corriendo a poner la tetera. Tengo una cosa que siempre te gustaba para cenar. —Le colocó una mano en el hombro—. ¡No, no digas nada todavía! —le rogó. Quería prolongar ese único y frágil segundo de felicidad que mediaba entre ella y lo que sabía que se avecinaba.

Evelina, sin pronunciar palabra, se acercó al fuego, aproximó las manos macilentas a la llama y observó a Ann Eliza mientras esta llenaba la tetera y ponía la mesa. Su mirada tenía la fijeza somnolienta de un niño medio dormido.

Ann Eliza, con una sonrisa victoriosa, sacó del armario un trozo de tarta de crema y lo colocó al lado del plato de su hermana.

—Esto te gusta, ¿verdad? La señorita Mellins me lo ha mandado esta mañana. Anoche fue a cenar a su casa su tía de Brooklyn. ¿No es curioso que haya sido precisamente ahora?

—No tengo hambre —repuso Evelina mientras se levantaba para acercarse a la mesa.

Ocupó el lugar habitual, miró en derredor con el mismo gesto de desconcierto y después, como antaño, se sirvió la primera taza de té.

—¿Qué ha pasado con la estantería? —inquirió de pronto.

Ann Eliza dejó la tetera y se puso en pie para coger una cucharilla del armario. Dando la espalda a su hermana respondió:

—¿La estantería? Cariño, es que viviendo aquí yo sola no era más que otro trasto al que había que quitar el polvo, así que la vendí.

La mirada de Evelina siguió paseándose por la conocida estancia. Aunque la venta de cualquier bien doméstico contravenía todas las tradiciones de la familia Bunner, no mostró sorpresa por la respuesta de su hermana.

—¿Y el reloj? El reloj tampoco está.

—Oh, lo regalé; se lo di a la señora Hawkins. Con su último hijo, hay muchas noches en las que no duerme.

—Ojalá nunca lo hubieras comprado —le espetó Evelina.

El miedo heló el corazón de Ann Eliza. Sin responder, se acercó a su hermana y le sirvió una segunda taza de té. Entonces tuvo otra idea: regresó al armario y sacó el cordial. Durante la ausencia de Evelina, los vecinos inválidos le habían dado tragos considerables, pero aún quedaba un vaso del preciado líquido.

—Toma, bébete esto ahora mismo: nada te calentará más rápido —le propuso Ann Eliza.

Evelina obedeció, y un leve reflejo de color le volvió a las mejillas. Se volvió hacia el bizcocho de crema y empezó a comérselo con una voracidad silenciosa cuya contemplación resultaba perturbadora. Ni siquiera se preocupó por si le quedaba algo a Ann Eliza.

—No tengo hambre —repitió mientras dejaba el tenedor—. Estoy cansadísima, nada más: ese es el problema.

—Entonces deberías acostarte inmediatamente. Ahí tienes mi vieja bata de cuadros escoceses... Te acuerdas de ella, ¿no?

Ann Eliza soltó una carcajada al recordar las burlas de Evelina sobre los atuendos anticuados. Con dedos temblorosos empezó a desabrocharle el manto a su hermana. El vestido de debajo narraba tal historia de pobreza que Ann Eliza no se atrevió a detenerse a estudiarlo. Se lo quitó con mimo y, cuando cayó de los hombros de su hermana, dejó al descubierto una bolsita negra con

una cinta colgada al cuello. Evelina alzó la mano como si quisiera ocultarle la bolsita; la hermana mayor, al advertir ese ademán, prosiguió la tarea con la vista baja. Desvistió a Evelina con la mayor rapidez posible, la envolvió en la bata de cuadros, la acostó y extendió su mantón y el de su hermana por encima de la manta.

—¿Dónde está la vieja colcha roja? —quiso saber Evelina mientras apoyaba la cabeza en la almohada.

—¿La colcha? Oh, pesaba tanto y daba tanto calor que dejé de utilizarla después de que te marcharas, así que también la vendí. No puedo dormir con mucha ropa de cama.

Advirtió que su hermana la miraba con mayor atención.

—Supongo que tú también habrás pasado apuros —apuntó Evelina.

—¿Yo? ¿Apuros? ¿Por qué lo dices?

—Porque has tenido que empeñar cosas —añadió Evelina con un tono frío y cansado—. Pero yo he vivido una situación peor. He estado en el infierno y he salido de él.

—¡Ay, Evelina! ¡No digas eso, hermana! —le rogó Ann Eliza, asustada por esa palabra sacrílega. Se arrodilló y empezó a frotarle los pies por debajo de las sábanas.

—He estado en el infierno y he salido de él... si es que he llegado a salir —insistió Evelina. Levantó la cabeza de la almohada y empezó a hablar con una repentina locuacidad febril—. Todo empezó enseguida, menos de un mes después de que nos casáramos. Desde entonces he vivido en el infierno, Ann Eliza. —Clavó la vista con una vehemente fijación en el rostro de su hermana—. Tomaba opio. No lo descubrí hasta mucho después. Al principio, cuando se comportaba de ese modo tan extraño, pensé que bebía. Pero aquello era peor, mucho peor que la bebida.

—¡Oh, no me lo cuentes, no me lo cuentes todavía! Es tan bonito que volvamos a estar juntas...

—Debo contártelo —insistió Evelina, en cuyo rostro arrebolado ardía una suerte de crueldad amarga—. Tú no sabes cómo es la vida, lo desconoces todo de ella: siempre estás aquí, a salvo, en este lugar tranquilo.

—Ay, Evelina, ¿por qué no me escribiste y me pediste que acudiera si las cosas eran así?

—Precisamente por eso no te podía escribir. ¿No imaginaste que sentía una gran vergüenza?

—¿Cómo es posible? ¿Te avergonzaba escribirme a mí?

Evelina se incorporó apoyándose en un codo escuálido; Ann Eliza se agachó y le tapó el hombro con una esquina del mantón.

—No te levantes. Si no, cogerás un resfriado de muerte.

—¿De muerte? ¡La muerte no me asusta! No sabes por lo que he pasado.

Incorporándose en la vieja cama de caoba, con las mejillas arreboladas y un castañeteo en los dientes, y con el brazo tembloroso de Ann Eliza agarrándole el mantón que le rodeaba el cuello, Evelina narró su historia de un tirón. Se trataba de una historia con unas desgracias y humillaciones tan alejadas de las inocentes experiencias de la hermana mayor que una gran parte apenas le resultó inteligible. La espeluznante familiaridad de Evelina con todo aquello, su facilidad para hablar de cosas que Ann Eliza solo barruntaba y que enseguida le produjeron un profundo rechazo, le parecieron aún más ajenas y terribles que la historia narrada en sí. Una cosa era —y vive Dios que ya era mala— enterarse de que el marido de tu hermana era toxicómano; otra muy distinta, y mucho peor, que los pálidos labios de tu hermana desvelasen las bajezas que se escondían tras esa palabra.

Evelina, insensible a cualquier congoja que no fuera la suya, se quedó con la espalda recta, temblando, mientras Ann Eliza la abrazaba y ella desgranaba, con todo lujo de detalles, su lúgubre narración.

—En cuanto llegamos y él se dio cuenta de que el empleo era peor de lo que pensaba, cambió. Al principio pensé que estaba enfermo: intenté cuidarlo, que no saliera de casa. Luego advertí que se trataba de otra cosa. Pasaba varias horas fuera, y al volver tenía la mirada como enturbiada. A veces apenas me reconocía, y, cuando lo hacía, daba la impresión de que me odiaba. Una vez me pegó aquí. —Se llevó la mano al pecho—. ¿Te acuerdas, Ann Eliza, de cuando dejamos de verlo durante una semana, después de haber ido todos juntos a Central Park, y de que tú y yo pensamos que debía de estar enfermo?

Ann Eliza asintió.

—Pues lo que le había pasado era eso: se había estado intoxicando. Aunque no con tanta intensidad. Cuando llevábamos en torno a un mes allá, desapareció durante una semana entera. En la tienda lo readmitieron y le concedieron otra oportunidad, pero tras esa segunda vez lo despidieron, y él estuvo dando vueltas sin conseguir otro empleo. Nos gastamos casi todo el dinero y tuvimos que marcharnos a un alojamiento más barato. Entonces encontró una ocupación, pero no le pagaban casi nada y no duró mucho en ella. Cuando supo lo de nuestro hijo...

—¿Vuestro hijo? —balbuceó Ann Eliza.

—Murió; solo vivió un día. Cuando supo que estaba embarazada, montó en

cólera y dijo que no tenía dinero para pagar a un médico, que te escribiera para que nos ayudases. Estaba convencido de que tenías un dinero escondido del que yo no sabía nada. —Dirigió una mirada arrepentida a su hermana—. Fue él quien me obligó a pedirte esos cien dólares.

—Chitón, chitón. Mi intención era dártelos en cualquier caso.

—Sí, pero yo no los habría aceptado si él no hubiera insistido sin cesar. Conseguía que hiciera lo que él quería. Y cuando le dije que no iba a escribirte para pedirte más, respondió que entonces tenía que ganarlo yo. Fue en esa ocasión cuando me pegó... ¡Oh, y aún no te he contado nada! Intenté trabajar en una sombrerería, pero me encontraba tan enferma que me tuve que marchar. Siempre estaba enferma. Ojalá hubiera muerto, Ann Eliza.

—¡No digas eso, Evelina!

—Es lo que pienso. La situación no dejó de empeorar. Empeñamos los muebles y nos echaron porque no podíamos pagar el alquiler, así que nos fuimos de inquilinos a casa de la señora Hochmüller.

Ann Eliza la abrazó aún con más fuerza para apaciguar su propio temblor:

—¿De la señora Hochmüller?

—¿No sabías que se había marchado a vivir allí? Llegó un mes después que nosotros. A mí no me trató mal, y creo que intentó que él no se apartara del camino recto, pero Linda...

—¿Linda?

—Y como yo no dejaba de empeorar y él nunca estaba, pasaba varios días sin volver, el médico me mandó al hospital.

—¿Al hospital? ¡Ay, hermana!

—Era mejor que estar con él; los médicos fueron amabilísimos conmigo. Después de que naciera el niño me puse muy mala y tuve que quedarme allí una temporada. Un día que estaba en la cama apareció la señora Hochmüller, blanca como el papel, y me dijo que Linda y él se habían fugado juntos y que se habían llevado todo su dinero. Desde entonces no he vuelto a verlo. — Interrumpió su discurso con una carcajada y empezó a toser de nuevo.

Ann Eliza intentó convencerla para que se tumbara y durmiera, pero Evelina tuvo que contar el resto de la historia antes de apaciguarse y acceder. Tras la noticia de la fuga de Ramy sufrió unas fiebres cerebrales y hubo de ser ingresada en otro hospital, en el que pasó una larga temporada, aunque no sabía cuánto había durado allí. Las fechas y los días no significaban nada en la ruina amorfa en que se había convertido su vida. Al salir del hospital descubrió que la señora Hochmüller también se había ido. Se vio sin blanca y

sin nadie a quien recurrir. Una dama que visitaba a los enfermos del hospital se mostró amable con ella y le encontró una casa en la que servir, pero estaba tan débil que no pudo conservar el empleo. Entonces encontró una ocupación de camarera en una casa de comidas del centro de la ciudad, pero un día se desmayó mientras llevaba un plato, y esa tarde, cuando le pagaron, le dijeron que no se molestase en volver.

—Después de eso pedí limosna en las calles —(Ann Eliza la volvió a estrechar con fuerza entre sus brazos)—, y una tarde de la semana pasada, cuando la gente salía de la primera función de los teatros, me topé con un hombre de rostro agradable, creo que se apellidaba Hawkins, que se detuvo a preguntarme qué me pasaba. Le contesté que, si me daba cinco dólares, tendría dinero suficiente para comprar el pasaje de vuelta a Nueva York; él me miró de arriba abajo y me dijo que, si eso era lo que quería, él me acompañaba de inmediato a la estación y que allí me los daría. Y eso hizo: me compró el pasaje y me dejó en el vagón.

Evelina se tumbó: su rostro era un triángulo cetrino en el abismo blanco de la almohada. Ann Eliza se acercó a ella y se fundieron en un largo abrazo, sin hablar.

Seguían entregadas a ese abrazo callado cuando se oyeron unos pasos en la tienda y Ann Eliza, sobresaltada, vio a la señorita Mellins en la puerta.

—¡Por amor del cielo, señorita Bunner! ¿Qué diantres hace usted? Señorita Evelina..., señora Ramy..., ¿es usted?

Los ojos de la señorita Mellins, que se salían de las órbitas, pasaron del pálido semblante de Evelina a los desordenados restos de la cena y al montón de ropa gastada en el suelo; después volvieron a posarse en Ann Eliza, quien se había interpuesto defensivamente entre su hermana y la modista.

—Mi hermana Evelina ha vuelto... Ha venido de visita, ha enfermado en el tren de vuelta... Supongo que ha cogido frío, y la he obligado a acostarse nada más llegar.

A Ann Eliza le sorprendieron la fuerza y el aplomo de su voz. Fortalecida por ese tono añadió, con la vista clavada en el rostro perplejo de la señorita Mellins:

—El señor Ramy ha emprendido un viaje al oeste, un viaje por motivos de trabajo. Evelina va a quedarse aquí hasta que él regrese.

Ann Eliza no se detuvo a indagar qué grado de credibilidad había obtenido su explicación de la vuelta de Evelina en el estrecho círculo de sus amistades. Aunque no recordaba haber mentido con anterioridad, sostuvo con una rígida tenacidad las consecuencias de su primer abandono de la verdad, y reforzó su declaración inicial con detalles adicionales siempre que un curioso aspiraba a pillarla por sorpresa.

Pero otros pesares más serios atormentaban su sobresaltada conciencia. Por primera vez en la vida atisbaba la horrible cuestión de la inutilidad de los sacrificios personales. Hasta entonces ni se le había pasado por las mientes poner en duda los principios heredados que habían regido su vida. Pensar en el beneficio de los demás antes que en el suyo propio le había parecido natural y necesario, porque había asumido que eso implicaba la consecución de ese beneficio. Ahora se daba cuenta de que renunciar a las alegrías de la vida no garantiza la transmisión de estas a aquellos por quienes se ha renunciado a ellas; su paraíso familiar estaba deshabitado. Sintió que ya no podía confiar ni siquiera en la bondad ni en Dios y que solo había un abismo negro sobre el tejado de la tienda Hermanas Bunner.

Pero no disponía de mucho tiempo para cavilar sobre esos problemas. El cuidado de Evelina llenaba sus días y sus noches. El médico convocado con urgencia había dictaminado que padecía neumonía, y, gracias a los cuidados que este le dispensó, los síntomas más llamativos de la enfermedad se aplacaron. Pero la recuperación solo fue parcial; la enferma siguió en la cama mucho después de que las visitas del médico cesaran, demasiado débil para moverse y aparentemente indiferente a todo cuanto la rodeaba.

Finalmente una tarde, unas seis semanas después de su regreso, le dijo a su hermana:

—Tengo la sensación de que nunca me volveré a levantar.

Ann Eliza dejó la tetera que estaba colocando en el fogón. La sobresaltó el eco que esas palabras encontraron en su interior.

—¡No digas esas cosas, Evelina! Lo único que te pasa es que estás exhausta y alicaída.

—Sí, estoy alicaída —farfulló la enferma.

Unos meses antes Ann Eliza habría reaccionado a esa confesión con unas palabras admonitorias y melindrosas; ahora la aceptó en silencio.

—A lo mejor te mejora el ánimo cuando dejes de tener tos —aventuró.

—Sí, o a lo mejor dejas de tener tos cuando me mejore el ánimo —replicó Evelina con un atisbo de su antiguo descaro.

—¿Te sigue doliendo igual cuando toses?

—No noto mucha diferencia.

—En ese caso volveré a pedir al médico que se acerque —dijo Ann Eliza, intentando adoptar el tono neutro con el que hablaría de llamar al fontanero o al hombre del gas.

—No sé para qué vas a llamar al médico... ¿Quién le va a pagar?

—Yo —respondió la hermana mayor—. Aquí tienes el té y un poco de tostada. ¿No te tienta?

En las vigiliias nocturnas a Ann Eliza ya le había atormentado la misma cuestión (¿quién iba a pagar al médico?), y pocos días antes la había silenciado temporalmente pidiéndole veinte dólares a la señorita Mellins. La transacción le había supuesto una de las luchas más encarnizadas de su vida. Nunca le había pedido dinero a nadie, y siempre había clasificado la eventualidad de tener que hacerlo junto a otros extremos vergonzosos que la providencia impide que sobrevengan a las personas decentes. Pero ya había dejado de creer en la supervisión personal de la providencia, y, si se hubiera visto obligada a robar el dinero en vez de pedirlo, habría considerado que su conciencia era el único tribunal ante el cual debía rendir cuentas. Sin embargo, no por eso dejó de resultarle amarga la humillación de tener que pedirlo, y le parecía hartamente imposible que la señorita Mellins juzgase la situación con la misma frialdad que ella. La señorita Mellins se mostró muy amable, pero Ann Eliza también pensó, de forma no del todo ilógica, que su amabilidad debía recompensarse concediéndole el derecho a hacer preguntas; poco a poco vio cómo la modista iba apoderándose del triste secreto de Evelina.

Cuando llegó el médico, lo dejó solo con la enferma y se puso a trabajar en la tienda para poder verlo a solas cuando saliera. Quiso serenarse y empezó a ordenar una bandeja de botones; cuando él apareció, ella estaba musitando: «Veinticuatro de carey, veinticinco de nácar...». Enseguida advirtió que traía un semblante grave.

El doctor se sentó en una silla al lado del mostrador; a ella se le pasaron muchas ideas por la mente antes de que él dijera:

—Señorita Bunner, lo mejor que puede hacer es permitirme que asigne una cama para su hermana en St. Luke.

—¿En el hospital?

—No me dirá que tiene usted prejuicios al respecto, ¿verdad? —Empleó el tono con el que se convence a un niño mimado—. Sé que usted se desvive, pero la señora Ramy estaría mucho mejor atendida allí que aquí. Usted no dispone de tiempo para cuidarla y para ocuparse al mismo tiempo del negocio. Entiéndame, no le costará nada...

Ann Eliza no respondió.

—Entonces, ¿cree que mi hermana va a estar enferma durante mucho tiempo? —preguntó.

—Pues... sí, es muy posible.

—¿Está muy enferma?

—Sí. Está muy enferma.

El semblante del médico mostró aún mayor gravedad; el hombre parecía no tener ninguna prisa. Ann Eliza siguió separando los botones de nácar y los de carey. De pronto levantó la mirada y clavó los ojos en él:

—¿Se va a morir?

El médico le cogió la mano con afecto:

—Eso nunca se puede decir, señorita Bunner. La ciencia humana obra maravillas, y en el hospital la señora Ramy tendría muchas posibilidades.

—¿Qué le pasa? ¿De qué se está muriendo?

Él titubeó al intentar sustituir el término científico que le afloró a los labios por una expresión corriente.

—Quiero saberlo —insistió ella.

—Desde luego; me hago cargo. Veamos: su hermana ha atravesado una época difícil y presenta varias complicaciones que han desembocado en una tisis, una tisis galopante. En el hospital...

—Se va a quedar aquí —musitó ella.

Después de que el médico se marchase siguió ordenando los botones durante un rato; luego dejó la bandeja en su sitio, en un estante detrás del mostrador, y volvió a la trastienda. Encontró a Evelina recostada en las almohadas, con un rubor de agitación en las mejillas. Ann Eliza le colocó el chal que se le había caído de los hombros.

—¡Cuánto has tardado! ¿Qué ha dicho?

—Oh, se ha ido hace mucho, solo se ha detenido a darme una receta. Estaba ordenando la bandeja de botones. La chica de la señorita Mellins los ha mezclado todos.

Notó que Evelina la miraba fijamente.

—Ha debido de decirte algo. ¿El qué?

—Pues que tienes que cuidarte, guardar cama y tomarte una medicina nueva que te ha mandado.

—¿Te ha dicho si me voy a recuperar?

—¡Caramba, Evelina!

—Es inútil, Ann Eliza: no puedes engañarme. Acabo de levantarme para mirarme al espejo; en el hospital vi a muchas personas con este mismo aspecto. No se recuperaron, y yo tampoco lo voy a hacer. —Eché la cabeza hacia atrás—. No tiene gran importancia, ya estoy cansada. Solo hay una cosa, Ann Eliza...

La hermana mayor se acercó al lecho.

—Hay una cosa que no te he contado. No quería decírtelo todavía porque temía que te disgustase, pero si según él voy a morir debes saberlo. —Hizo una pausa para toser; a Ann Eliza le pareció que cada tos marcaba un minuto de las horas que le quedaban.

—No digas nada ahora: estás cansada.

—Seguramente mañana lo estaré más. Y quiero que lo sepas. Acércate más; ahí.

Ann Eliza la obedeció en silencio mientras le acariciaba la mano consumida.

—Me he convertido al catolicismo.

—¡Evelina! ¡Oh, Evelina Bunner! Católica..., ¿tú? Ay, Evelina, ¿te obligó él?

Ella negó con la cabeza:

—Creo que él más bien no profesaba ninguna religión: nunca hablaba de ese tema. Pero resulta que la señora Hochmüller era católica, y cuando enfermé pidió al médico que me mandara a un hospital de esa confesión; las monjas fueron muy buenas conmigo y el cura venía a hablarme; lo que me decía me ayudó a no volverme loca. Me pareció que me lo ponía todo más fácil.

—Hermana, pero ¿cómo has podido? —se lamentó Ann Eliza.

Sobre la religión católica lo desconocía prácticamente todo, a excepción de que los papistas creían en ella, una acusación suficientemente grave. Su rebelión espiritual no la había liberado de la parte formal de sus creencias religiosas, y siempre había juzgado la apostasía como uno de los pecados que los puros de espíritu debían mantener alejados de los pensamientos.

—Y cuando nació el niño —prosiguió Evelina—, lo bautizó inmediatamente para que fuera al cielo; después de eso yo tenía que convertirme.

—No me parece...

—¿Acaso no tengo que estar donde está mi hijo? No puedo subir al cielo si no soy católica. ¿No lo entiendes?

Ann Eliza se quedó sin palabras y retiró la mano. Volvía a verse excluida del corazón de Evelina, a ser una exiliada de sus afectos más íntimos.

—Tengo que ir al mismo sitio donde está mi hijo —insistió febrilmente Evelina.

Ann Eliza no supo qué decir: solo era consciente de que su hermana se estaba muriendo, de que moría entre sus brazos como si fuera una desconocida. Ramy y el bebé de un día la habían separado para siempre de ella.

Evelina volvió a hablar:

—Si empeoro quiero que llames a un sacerdote. La señorita Mellins sabrá dónde encontrarlo: una tía suya es católica. Dame tu palabra de que lo harás.

—Te doy mi palabra.

Después de eso no volvieron a abordar la cuestión, pero Ann Eliza comprendió que la bolsita negra que su hermana llevaba al cuello, que inocentemente había tomado por un recuerdo de Ramy, se trataba de un amuleto sacrílego, y sus dedos rehusaron tocarlo al lavar y vestir a Evelina. Se figuraba que era el instrumento diabólico del alejamiento de ambas.

XIII

Al fin había llegado de veras la primavera. Habían brotado las hojas en el ailanto que Evelina veía desde la cama, unas nubecillas flotaban en el cielo y de vez en cuando el grito de un vendedor de flores llegaba desde la calle.

Un día se produjeron unos tímidos golpes en la puerta de la trastienda y apareció Johnny Hawkins con dos junquillos amarillos en la mano. Se estaba volviendo más alto y más corpulento, y su rostro redondo y pecoso se estaba convirtiendo en una copia más pequeña del de su padre. Se acercó a Evelina y le tendió las flores.

—Se han caído de un carro y el hombre ha dicho que me las podía quedar. Pero son para usted —anunció.

Ann Eliza se levantó de la silla frente a la máquina de coser e intentó cogérselas.

—No, para usted no: para ella —objetó él enérgicamente; Evelina tendió la mano.

Una vez se hubo marchado Johnny, se tumbó y las miró sin decir palabra. Ann Eliza, que había vuelto a colocarse delante de la máquina, acercó la cabeza a la costura que estaba haciendo: el repiqueteo de la máquina le recordó el tictac del reloj de Ramy y le pareció que la vida había retrocedido y que Evelina, radiante e insensata, acababa de entrar en la habitación con las flores en la mano.

Cuando al fin se atrevió a levantar la mirada, vio que su hermana tenía la cabeza apoyada en la almohada y que dormía tranquila. Su mano relajada seguía sosteniendo los junquillos, pero resultaba evidente que no le habían traído recuerdo alguno: se había quedado dormida inmediatamente después de que Johnny se los diera. Ese descubrimiento hizo que Ann Eliza se diera cuenta sobresaltada de que el pasado de su hermana debía de ser un compendio de destrucciones. «Aunque no creo que yo hubiera podido olvidar ese día», se dijo. Sin embargo, se alegraba de que Evelina sí hubiese olvidado.

La enfermedad de Evelina siguió los cauces habituales: ora la arrastraba con una breve ola de euforia, ora la sumía en nuevos abismos de debilidad. Poco se podía hacer; el médico empezó a aparecer a intervalos cada vez más espaciados. Cuando se marchaba, siempre repetía su primera y amistosa sugerencia de ingresarla en el hospital, pero Ann Eliza siempre respondía: «Creo que podemos apañarnos».

Para ella, las horas transcurrían con la inusitada velocidad que les brinda una gran dicha o una gran angustia. Llevaba a cabo las actividades cotidianas con una precisión firme y risueña aunque apenas era consciente de lo que hacía, y, cuando la llegada de la noche le permitía abandonar la tienda y proseguir con la labor junto a la cama de Evelina, la misma sensación de irrealidad se apoderaba de ella y seguía teniendo la impresión de que realizaba una tarea cuya razón de ser había dejado de recordar.

En una ocasión, al encontrarse mejor, Evelina quiso fabricar unas flores artificiales, y Ann Eliza, engañada por ese interés incipiente, sacó los ajados fardos de pétalos y tallos, los pequeños instrumentos y los carretes de alambre. No obstante, al cabo de unos minutos Evelina soltó la labor y dijo:

—Voy a esperar a mañana.

No volvió a mencionar la confección de flores, pero un día, cuando vio que a Ann Eliza le costaba adornar un sombrero primaveral para la señorita Hawkins, le pidió con impaciencia que se lo acercara; en un santiamén reforzó el lazo exangüe y dio al ala la inclinación necesaria.

Aquellos fueron destellos infrecuentes; eran más habituales los días de

callado desfallecimiento, en los que se quedaba mirando por la ventana en silencio durante horas y solo la alteraba esa tos fuerte e incesante cuyo sonido asociaba Ann Eliza con el de unos clavos hundiéndose en un ataúd.

Finalmente, una mañana, Ann Eliza se levantó del colchón extendido a los pies de la cama, llamó apresuradamente a la señorita Mellins y corrió bajo un amanecer brumoso para buscar al médico. Volvió acompañada de este, que hizo todo lo que pudo por brindar un alivio momentáneo a Evelina y después se marchó, tras haber prometido que volvería a pasar antes del anochecer. La señorita Mellins, con la cabeza aún repleta de papillotes, desapareció tras él; cuando las hermanas se quedaron solas Evelina rogó a Ann Eliza que se acercara.

—Me lo habías prometido —musitó, agarrándole el brazo, y Ann Eliza supo a qué se refería.

Todavía no se había atrevido a contarle a la señorita Mellins el cambio de religión de Evelina, pues se le había antojado más difícil que pedirle dinero, pero ahora había que hacerlo. Subió a toda prisa las escaleras siguiendo los pasos de la modista y la detuvo en el rellano.

—Señorita Mellins, ¿podría usted indicarme cómo llamar a un cura..., a un cura católico?

—¿A un cura, señorita Bunner?

—Sí. Mi hermana se ha convertido al catolicismo mientras estaba fuera. Han sido buenos con ella cuando estaba enferma, y ahora quiere ver a un cura. —Le sostuvo la mirada sin ningún titubeo.

—La señora Dugan, mi tía, lo sabrá. En cuanto me quite los papillotes voy corriendo a su casa —prometió la modista; Ann Eliza se lo agradeció.

Al cabo de un par de horas apareció el sacerdote. Ella, que estaba esperando, lo vio bajar los escalones que llevaban a la puerta de la tienda y se acercó a recibirlo. El gesto del religioso era afable, pero su peculiar atuendo, su rostro pálido con un mentón azulado y una sonrisa enigmática le inspiraron rechazo. Ann Eliza se quedó en la tienda. La chica de la señorita Mellins había vuelto a mezclar los botones, y se dispuso a clasificarlos. El cura pasó largo rato con Evelina. Cuando volvió a pasear su sonrisa enigmática junto al mostrador y Ann Eliza regresó junto a Evelina, esta lucía una sonrisa que participaba del mismo misterio, pero no le desveló el secreto.

Después de aquello, Ann Eliza tuvo la sensación de que la tienda y la trastienda habían dejado de ser suyas. Parecía que su presencia en ellas era una concesión, como si el poder invisible que rodeaba a Evelina a pesar de la ausencia de su ministro la tolerara con indulgencia. El cura pasaba casi a

diario, y finalmente llegó un día en que fue llamado para administrar un rito cuyo significado sacramental Ann Eliza solo atisbó. Lo único que sabía era que Evelina se alejaba, se alejaba cada vez más bajo esa guía desconocida, que la separaba más de ella que los lugares oscuros de la muerte.

Cuando el sacerdote llegó sosteniendo un objeto tapado en las manos, ella se marchó sigilosamente a la tienda y cerró la puerta de la trastienda para dejarlo a solas con su hermana.

Corría una tarde cálida de mayo; el ailanto torcido cuyas raíces asomaban por una fisura de la acera de enfrente era una fuente de sosegado verdor. Unas mujeres con finos vestidos caminaban con el pasear lánguido de la primavera; después apareció un hombre con una carretilla llena de pensamientos y geranios, que se detuvo delante de la ventana y le hizo un gesto a Ann Eliza para que le comprara.

Transcurrió una hora antes de que la puerta de la trastienda se abriera y apareciera otra vez el cura llevando ese objeto misterioso y tapado. Ella se puso en pie y dio un paso atrás cuando él se cruzó en su camino. No cabía duda de que él había percibido su antipatía, pues hasta aquel momento solo había inclinado la cabeza al entrar y al salir; pero aquel día se detuvo y la miró compasivamente.

—He dejado a su hermana en un estado de ánimo muy hermoso —anunció quedamente con una voz que parecía femenina—. Goza de un gran consuelo espiritual.

Ella no respondió; él le hizo una reverencia y se marchó. Ann Eliza regresó rauda al lecho de su hermana y se arrodilló junto a él. Evelina tenía los ojos muy abiertos y muy brillantes; los posó sobre Ann Eliza con una mirada de iluminación interior.

—Voy a ver a mi hijo —afirmó; cerró los párpados y se quedó dormida.

El médico volvió al caer la noche y le administró unos últimos lenitivos; una vez se hubo marchado, Ann Eliza se negó a que la señorita Mellins o la señora Hawkins la acompañaran en la vigilia y se sentó a velar sola a su hermana.

Fue una noche muy apacible. Evelina no habló ni abrió los ojos; en el momento de quietud antes del amanecer, Ann Eliza advirtió que la mano inquieta que estaba encima de la colcha había dejado de temblar. Se acercó, se agachó y notó que de la boca de su hermana no salía aliento alguno.

El funeral se celebró tres días después. Evelina fue enterrada en el cementerio del Calvario; el sacerdote se ocupó de todo lo necesario mientras Ann Eliza, como espectadora pasiva, contemplaba con una indiferencia glacial

esa última negación de su pasado. Una semana después se encontraba, con el sombrero y el mantón, delante de la puerta de la tiendecita. El aspecto de esta había cambiado completamente. El mostrador y las estanterías estaban vacíos, el escaparate no exhibía la acostumbrada miscelánea de flores artificiales, papel de escritorio, hormas de alambre para sombreros y adornos lacios que acababan de venir del tinte; del cristal de la puerta colgaba un letrero que rezaba: «Se alquila esta tienda».

Ann Eliza apartó la vista de ese letrero al salir y cerró la puerta a su paso. El funeral de Evelina había resultado muy caro, y ella, tras haber vendido todas las existencias y los pocos muebles que le quedaban, salía de la tienda por última vez. No había podido comprar ropa de luto, pero la señorita Mellins le había cosido unos crespones al sombrero y al mantón viejos y negros; como no tenía guantes, metió las manos desnudas debajo de los pliegues del mantón.

La mañana era hermosa: se había apoderado del ambiente una cálida luz que había obligado a abrir todas las ventanas de la calle y que había sacado a los alféizares todas las plantas enfermizas cuidadas en el interior durante el invierno. Ann Eliza iba a poner rumbo al oeste, hacia Broadway, pero en la esquina se detuvo, se dio la vuelta y miró aquel tramo familiar de la calle. Su mirada se posó un instante en el desvaído letrero que rezaba «Hermanas Bunner», encima del escaparate vacío de la tienda; de ahí pasó al exuberante follaje de la plaza, sobre el cual se alzaba la torre de la iglesia con el reloj en el que las hermanas habían consultado la hora antes de que Ann Eliza comprara el reloj de níquel. Lo contempló como si fuera el escenario de una vida desconocida de la que le habían llegado vagas noticias; por sí misma solo sentía la compasión lejana que las personas ocupadas dedican a las desgracias de las que se enteran de oídas.

Se encaminó a Broadway y llegó a la oficina inmobiliaria a la que había confiado el subarriendo de la tienda. Le dejó la llave a uno de los empleados, que la cogió como si solo fuera una entre mil y que comentó que, viendo el tiempo que hacía, parecía que la primavera ya iba a llegar de veras; después ella se marchó y empezó a avanzar por la gran avenida, cuyas bulliciosas actividades comenzaban a despertar.

Se puso a caminar con mayor lentitud, a estudiar los escaparates por los que pasaba, pero no con la mirada ociosa del deleite: la vigilante intensidad de sus ojos no se detenía en nada que no fuese el objeto de su búsqueda. Por fin dejó de andar delante de un pequeño escaparate encajonado entre dos edificios mastodónticos, en el que se veían, detrás de una luna brillante adornada con muselina, una variada colección de almohadones de sillón, mantelitos, limpiaplumas, almanaques pintados y otros ejemplos de la laboriosidad femenina. En una esquina del escaparate había leído, en un papel pegado a la parte interior del cristal: «Se busca dependienta»; tras escudriñar los

primorosos objetos expuestos debajo del aviso se recolocó el mantón de un tirón, enderezó la espalda y entró.

Detrás de un mostrador atestado de alfileteros, estuches para relojes de bolsillo y otras fruslerías hechas de encaje, había una joven regordeta de cabello lacio que cosía unos lazos a una cesta para retazos. La tiendecita tenía aproximadamente el mismo tamaño que el de aquella cuya puerta Ann Eliza acababa de cerrar, y todo en ella parecía tan nuevo, alegre y próspero como Evelina y ella habían soñado que Hermanas Bunner llegaría a ser. El ambiente cordial de aquel lugar la animó a armarse de valor para hablar.

—¿Una dependienta? Sí, buscamos una. ¿Nos puede recomendar a alguien? —preguntó la joven en un tono no exento de cordialidad.

Ann Eliza dudó, perpleja por la pregunta inesperada; la otra mujer, ladeando la cabeza para estudiar el efecto del lazo que acababa de coser a la cesta, prosiguió:

—No podemos permitirnos más de treinta dólares al mes, pero el trabajo no es pesado. La persona tendría que coser algunos adornos de vez en cuando. Queremos una muchacha avispada, elegante y de modales corteses. Ya me entiende usted. En todo caso, no mayor de treinta años y guapa. ¿Me anota el nombre?

Ann Eliza la miró atónita. Abrió la boca para explicarse, pero entonces, sin decir nada, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta cuyo cristal cubría una cortina limpísima.

—Oiga, ¿no va a dejarme la dirección? —exclamó la joven.

Ann Eliza salió a la calle bulliciosa. En la gran ciudad, bajo el bello cielo primaveral, parecían palpitar los temblores de un sinfín de comienzos. Ella siguió caminando, buscando otra tienda en cuyo escaparate hubiera un aviso.

Freeditorial 